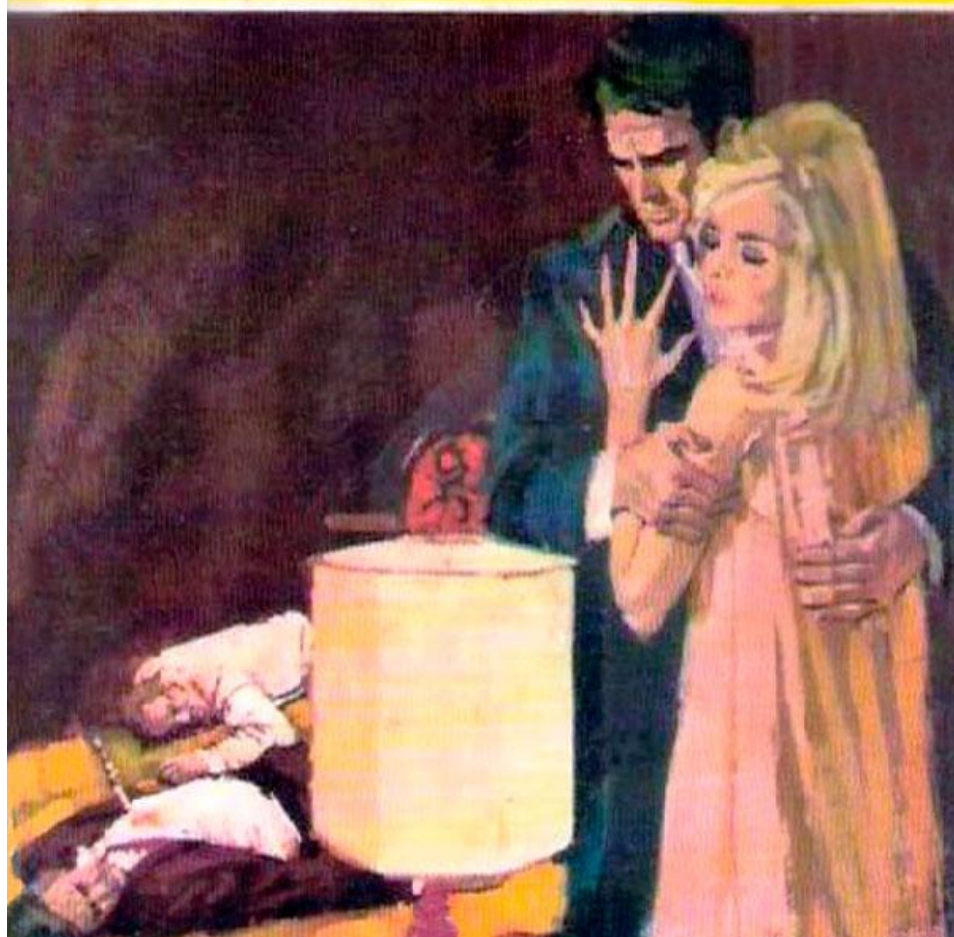


PUNTO
ROJO

organismo federal

B&B

frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO





FRANK CAUDETT

ORGANISMO FEDERAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 278
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 13.675 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1967

© FRANK CAUDET- 1967
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

©
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección PUNTO ROJO
276.—Federal Bureau... al habla
- En Colección SERVICIO SECRETO
886.—Un ataúd para cada difunto
- En Colección CALIFORNIA
550.—Marcado
- En Colección ARCHIVO SECRETO
165.—Objetivo: Patrick Drake
- En Colección KANSAS
452.—Alias "Confederado"
- En Colección SALVAJE TEXAS
563.—Kichi-Manitú... Whisky... Sangre
- En Colección BUFALO
716.—Sírvasse morir, *sheriff*
- En Colección ALTO SECRETO
8.—Los intocables fueron del F. B. I.
- En Colección COLORADO
499.—"Profesional" Joe

CAPÍTULO PRIMERO

UN PROLOGO RIGUROSAMENTE VERÍDICO

«El Vietcong puede poner una bomba en un libro»

Eso dijo un conferenciante en una biblioteca USA en Saigón. Abrió un volumen al azar... ¡Y allí estaba la bomba!

(Crónica de Europa Press. Saigón, 29 de enero de 1967). —El Vietcong es cada vez más osado en sus atentados. Se ha hecho ya un tópico de esta audacia de los terroristas, pero lo cierto es que la realidad supera en mucho a la leyenda. Un hecho ocurrido anoche cerca de Saigón ha servido para ilustrar esta temeridad al mismo tiempo que de nuevo aviso para las autoridades norteamericanas, que no pueden distraerse si no quieren terminar despedazadas por una bomba.

Anoche se encontraba el doctor Conrad Stolzenbach, un norteamericano de Toledo (Ohio), en la biblioteca y centro cultural norteamericano, en Saigón. El doctor Conrad estaba explicando a un grupo de compatriotas cuán peligrosos eran los ataques de los terroristas del Vietcong. De pronto, como si se tratara de un golpe de efecto, el conferenciante afirmó en tono severo:

«El Vietcong puede poner una bomba en lugares tan inverosímiles... como por ejemplo un libro».

Seguidamente, entre el silencio un tanto incrédulo de su auditorio, el doctor se dirigió a uno de los estantes de la sala y cogió un libro. En el lomo se podía ver que se trataba de un diccionario vietnamita-inglés y parecía muy usado. Con aire indiferente, el doctor abrió el diccionario y... *¡Allí había una bomba!*

¡Faltaban minutos para su explosión!

Conrad Stolzenbach se quedó pálido como un muerto. Los asistentes, al ver su extraña expresión, quedaron un tanto desconcertados. Al acercarse hasta donde se hallaba el doctor y ver la bomba en el diccionario —las hojas habían sido cuidadosamente recortadas, en perfecto rectángulo, para encajar en éste el mortal artefacto—, la estupefacción fue general.

Se comprobó posteriormente, tras requerir los servicios de un técnico para desmontar el instrumento, que la bomba contenía suficiente dinamita para hacer volar parte de la sala y, muy posible, alcanzar las habitaciones del piso superior, donde están los alojamientos de algunos agregados norteamericanos, corresponsales, etc.

El hecho ya hemos dicho que ocurrió anoche; señalamos también que tuvo como escenario Can Tho, a cincuenta millas al sudeste de la capital del Vietnam del Sur, Saigón.

La situación, mientras tanto, del Gobierno sudvietnamita continúa en pleno estado de crisis. Cao Ky ha destituido al viceprimer ministro, acusado de corrupción, y a última hora de esta tarde se reunió el Consejo Nacional, presidido por el jefe del Estado Mayor, Nguyen Van Thieu. El comunicado oficial de la Junta anunció que Co había sido sustituido por Cao Vao Vien, el hasta ahora jefe del Estado Mayor Conjunto.^[1]

WILLIAM SIDNEY DONG HOI, VIETNAM DEL NORTE, 28 DE ENERO DE 1967

El reactor de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas tripulado por el comandante Weldon Craddock, habíase remontado por encima de la niebla perdiéndose en el espacio rumbo a su objetivo.

Destruir la base de aprovisionamiento que el Vietcong había levantado en Thanh Hoa, cerca de la playa, en el Mar de la China Meridional.

Craddock, mientras pilotaba expertamente el aparato, pensaba en lo horrible y cruel de aquella destrucción sistemática entre seres que habitaban un mismo mundo.

Muerte... muerte... muerte.

Escombros, ruinas, cadáveres, epidemias.

¡Absurdo, inhumano!

Luego, ¿qué?

Un loable trabajo para las generaciones venideras: Construir y alzar nuevamente lo que otros habían destruido estúpidamente.

Si la vida de cada hombre ya era lo bastante complicada, si la lucha por la subsistencia ya era suficiente para que se estableciera una guerra íntima desde el nacimiento hasta la muerte... ¿para qué todo aquello?

Ni sabía con certeza por qué pensaba en lo incomprensible.

La ambición.

El odio.

El rencor.

¿Y qué...? El no era más que un factor, un número, un engranaje de la poderosa máquina, un militar que cumplía órdenes.

«—Esta noche volará usted sobre Thanh Hoa. Tenemos noticias que aseguran que el Vietcong ha instalado cerca de la playa una base de aprovisionamiento para sus guerrilleros. ¡Destruyala. Vuélela en cien mil pedazos! En el mapa hemos fijado la situación que se supone...»

Otra represalia.

¿Cuándo terminaría todo?

Craddock, escapando a sus pensamientos, consultó el altímetro tras comprobar que volaba en el rumbo indicado y que había dejado atrás la frontera que separaba uno de otro Vietnam.

Usó de la radio para comunicar con la base secreta que las Fuerzas Aéreas Norteamericanas habían habilitado cinco días atrás en Kontum, a orillas del río Mekong.

—¡Craddock llamando a «León», Craddock llamando a «León»!
Cambio y permanezco a la escucha.

Unos segundos de silencio hasta que percibió una voz seca por

medio del auricular que respondía:

—¡«León» contestando a Craddock, «León» contestando a Craddock! Le oigo. ¿Alguna novedad?

—Ninguna «León». Altitud prevista y salvada sin novedad la frontera. Me dirijo al lugar. Alcanzaré objetivo «Operación Día de Fiesta» dentro de quince minutos aproximadamente. Cambio y cierro.

El comandante Weldon Craddock no tuvo tiempo de sumirse en filosóficas meditaciones ni en pensamientos profundos acerca de la paz e igualdad entre los hombres.

¡Una de las turbinas estaba fallando!

Había ocurrido en segundos.

¡Pero perdía altura de un modo alarmante!

Consultó el altímetro. La aguja registraba con fidelidad el casi vertiginoso descenso del aparato.

Craddock usó de los habituales sistemas de emergencia sin éxito alguno.

Creció su inquietud.

Unos segundos más y la tierra surgiría a su encuentro como un monstruo voraz de enorme lomo marrónáceo.

¡No tenía opción!

Sólo el intentar un aterrizaje forzoso y consumarlo con fortuna en tan difícil terreno podía salvarle del fatal desenlace que preveía.

La mancha verde se alargó a través del cristal de la carlinga lo mismo que una fiera hambrienta vista desde el otro lado de un foso del zoo.

El vientre del furioso pájaro de acero rozó crepitante las copas de los frondosos arbustos.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por el rostro del comandante. Como una extraña humedad que se desprendiera del casco gota a gota.

Accionó febrilmente los mandos.

Trató de estabilizar el aparato.

Por unos instantes le animó la sensación de que lo estaba consiguiendo.

Y de repente, la circunferencia terrosa.

Más árboles. Una jungla interminable.

Un claro.

Hacia él precipitó el reactor como águila ávida de una presa incauta que camina bajo sus garras.

El impacto pareció conmocionar la selva.

Espesas columnas de humo envolvieron el aparato mientras seguía su loco y ciego avance arrastrando la panza por la tierra.

Un árbol... otro... otro...

Salió disparado hacia delante. Estampó el casco contra el cristal inastillable de la carlinga. Rebotó en el asiento. La cabeza pareció separársele del tronco volando por un cielo oscuro, siniestro, desconocido.

La oscuridad fue haciéndose cada vez más impenetrable.

Más ciega.

Como una noche interminable.

Cual si fuese la muerte.

Los ruidos reales que se registraban a su alrededor, el tronchar ramas y troncos, el bullicio, las voces, el grito férreo de matiz militar que se había impuesto a la impresionante algarabía.

Nada de eso llegó a oídos del comandante Craddock.

Ni los violentos culatazos descargados contra la carlinga.

Ni los disparos que tenían por objeto saltar la hermética cerradura de la portezuela.

Consiguieron penetrar en el aparato.

Un grupo de individuos uniformados empuñando ligeras metralletas de asalto.

De nuevo la voz férrea dictó una orden en vietnamita.

Weldon Craddock fue sacado del reactor entre cuatro guerrilleros. Y, lo que parecía absurdo, con meticuloso cuidado para no dañarle.

Brillaba una luz potente.

Eso le obligó a parpadear varias veces antes de conseguir que sus ojos se habituasen al luminoso raudal. Se palpó el cráneo.

Las sienes.

El tórax.

¿Vivo? ¿Ileso? ¡Imposible!

La instintiva pregunta que brota de los labios de un ser que supone regresar de la muerte:

—¿Dónde estoy?

Tras un silencio, el tono metálico de una voz que respondía en

un inglés casi perfecto:

—Entre amigos, comandante Craddock.

¿Craddock? ¡Le había llamado por su nombre!

Trató de alzarse apoyando la palma de ambas manos sobre el jergón en que se hallaba tendido.

Una primitiva cabaña construida de junco, cáñamo, ramajes... como un «*bungalow*» de Miami Beach.

¡Estúpido pensamiento!

Un enorme cajón servía de mesa. Dos de inferior tamaño sustituían las sillas.

Al fondo, en la izquierda, un tipo con dos auriculares encasquetados manejaba una portátil emisora de radio.

—Celebro que su aterrizaje haya sido todo lo feliz que habíamos previsto —habló el del tono metálico.

¿Cómo...?

¡«Que habíamos previsto»!

Salió el misterioso individuo de otro lado del cono luminoso, acercándose al comandante.

Un tipo de mediana estatura, cuadrado, hombros anchos, facciones de rasgos netamente orientales, sonrisa enigmática en los finos labios, uniforme con insignias y una tersiana sobre la cabeza.

—¿Quién es usted? —inquirió Craddock.

No consiguió levantarse porque las magulladuras que tenía repartidas por todo el cuerpo le laceraban dolorosamente al menor movimiento.

—Mi nombre, comandante, nada le revelaría. Es un dato, se lo aseguro, que no contribuirá en nada a esclarecer la confusa situación en que se encuentra. Porque le parece extraña, ¿verdad?

Consiguió, al menos, sentarse sobre el jergón.

—Por supuesto.

El vietnamita dio un par de pasos atrás dejándose caer encima del cajón más cercano.

Miró al comandante con extraña expresión.

—Nuestra base de aprovisionamiento, amigo Craddock, no ha sido más que un estratégico ardid para que las Fuerzas Aéreas Norteamericanas enviaran a su mejor piloto a destruirla. A usted precisamente. Su avión sufrió un previo acto de sabotaje antes de despegar de la... —se tomó irónica la voz— supersecreta base de

Kontum. Todo estaba calculado para que una de las turbinas del reactor fallara en el momento que lo ha hecho. El Vietcong, comandante, es como un pulpo gigantesco cuyos tentáculos llegan más lejos de lo que su país imagina.

—Si es a mí a quien querían —habló Craddock, tratando de aparentar una serenidad que no sentía—, le diré con todos mis respetos que se han tomado demasiado trabajo para tan poca cosa. Ni estoy en contacto con el Alto Mando, ni en posesión de secretos militares... ¡ni nada de nada! Tiene usted, amigo, un prisionero como otro cualquiera.

Una risita breve y seca partió de los finos labios del vietnamita.

—Se subestima a sí mismo, comandante. Permítame que le diga con toda sinceridad que es usted un prisionero de excepción.

—¿De veras? —Craddock soltó una burlona carcajada.

—¿Lo duda? —interrogó a su vez el otro con igual ironía—. ¿Me permite que le hable de usted, comandante?

Dijo, displicente:

—Como soy su prisionero y usted dispone de su tiempo y el mío, empléelo en lo que crea más conveniente.

El vietnamita, a quien Craddock supuso con acierto una figura preponderante del Vietcong, sin borrar la irónica sonrisa de su boca habló:

—Lo mismo que en los cuentos de hadas y enanitos, haremos retroceder el tiempo diez años. ¿Le parece bien que me detenga en el mes de julio de 1957? De acuerdo. Ahí me paro y nos trasladamos a los Angeles. Eso está en California, ¿verdad?

—Cierto. En ese Estado.

—Un estupendo puerto de mar, una magnífica playa, un maravilloso ambiente... el marco ideal para conocer a una dama extraordinariamente hermosa. Karen Storne... ¿la recuerda, comandante?

Las facciones de Craddock mudaron de color y expresión. Encajó las mandíbulas con fuerza y miró al otro con temor y desconcierto, mientras por su cerebro vagaba una inquietante pregunta:

«¿Era posible que aquel desconocido estuviese al corriente de un hecho íntimo de su vida acaecido cuando él ni soñaba con ser comandante de las Fuerzas Aéreas... y mucho menos con ser protagonista en una guerra que todo el mundo estaba lejos de

imaginar?».

El vietnamita, lo mismo que si adivinara el pensamiento, añadió:

—Sí, comandante. Conozco la historia. Y se lo voy a demostrar.

Habló por espacio de varios minutos.

Cuando hizo un alto en la narración, Craddock reflejaba en su rostro la más genuina estupefacción.

—¡Pero...! —exclamó—. ¿Cómo ha llegado usted a saber eso?

La sonrisa irónica no se había borrado de los labios del hombre.

—Le he dicho que el Vietcong es un pulpo de gigantescos tentáculos. Pero además, comandante, existe una organización en el mundo llamada SPIDER ESPIONAGE ORGANIZATION^[2], más conocida por SEO, cuya sede está ubicada precisamente en los Estados Unidos de América, la cual, muestra un loable interés por prestarnos valiosos servicios. Servicios, claro está, que nosotros sabemos apreciar en lo que valen y retribuir adecuadamente.

—De todas formas —le atajó el americano—, no comprendo lo que tienen que ver el Vietcong y esa organización, en un hecho que pertenece a la vida privada de... el hoy comandante Weldon Craddock de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas.

—¿Me deja que se lo explique?

—Hágalo.

El vietnamita estuvo hablando sin interrupción a lo largo de treinta minutos.

—¡Jamás me prestaré a eso! —Tralló Craddock, congestionado el rostro, cuando el otro hubo terminado.

—Si mal no recuerdo... tiene usted esposa y dos hijos, comandante.

Un espeso nudo de saliva se formó en la garganta de Craddock.

—Sí... —musitó.

—Entonces —la voz del vietnamita tomó ominosa inflexión—, si usted no desea recibir la luctuosa noticia de que esos tres amados miembros de su familia han fallecido... deberá prestarse a... «eso». Tiene sesenta segundos para decidir, comandante Craddock.

No sin sentir un intenso dolor, apoyando la palma de ambas manos sobre el jergón, Weldon puso su cuerpo en una posición más cómoda.

Luego, se frotó las sienes con desesperación.

Negándose a creer todavía que todo aquello pudiera ser verdad.

¡Ironías del destino! ¡Crueldades de la vida!

Si no aceptaba... ¡Betty, Mark y Doris... morirían!

¡No!

Una encrucijada. Un dilema.

La vida de sus seres queridos o traicionar a su patria.

—Cincuenta y cinco segundos, comandante Craddock —
desgranó el otro con intencionada monotonía.

—¡Acepto! ¡Acepto! —exclamó el americano mesándose los
cabellos desesperadamente.

—Bien, comandante. Es usted un hombre razonable. ¡Ah!, pero
si alimenta la peregrina idea de mencionar la palabra: «¡Acepto!»,
confiando en que luego podrá traicionamos... le ruego me permita
sacarlo de tan lamentable como funesto error. Mientras dure su...
«colaboración» con nosotros, varios «ejecutores» del SEO vigilarán
día y noche a su familia. Si nos traiciona, Craddock, ellos morirán
irremisiblemente.

El comandante Weldon Craddock, decidido a todo con tal de
salvar la vida de su esposa e hijos, negó con la cabeza.

—Cumpliré, se lo aseguro.

—Eso... es cosa que usted decidirá mejor que nadie, ¿no cree,
Craddock?

—¿Cómo debo hacerlo?

Sonrió triunfalmente el vietnamita.

—Nos hallamos en Dóng Hói, cerca de la playa, pero bastante
distantes de la frontera. Lo llevaremos cerca de ella, abandonándole
cuestión de dos millas antes. Laceraremos algo más su cuerpo,
produciéndole algunas heridas que sin revestir importancia serán lo
suficiente escandalosas como para que lo envíen a usted al Hospital
Militar de Saigón, y luego, le concedan el correspondiente permiso.
Pasará usted por un auténtico héroe que ha conseguido escapar a
las terribles garras del Vietcong. Una vez haya regresado a su país,
Baltimore concretamente, inserte un anuncio en el periódico
Baltimore Sun que diga así: «Héroe convaleciente se ofrece para
trabajos arriesgados». Entonces, espere a que la SEO se ponga en
contacto con usted y le facilite instrucciones. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Perfectamente, comandante Craddock. Pero, mientras dure su
trabajo, no olvide en ningún momento que la vida de los suyos

estará en juego.

—No. Lo tendré en cuenta.

—Entonces, comandante, prepárese. Siento tener que lastimarle, pero no existe otro remedio.

Acto seguido dictó órdenes en lengua vietnamita. Al instante aparecieron en la cabaña varios guerrilleros.

De rostros amarillentos, sádicos, mezquinos. De miradas crueles, de ojos brillantes...

Todo iba a empezar... ¿Cómo terminaría?

CAPÍTULO II

DULUTH, MINNESOTA, 3 DE FEBRERO DE 1967

Eva Dubois reencarnaba a entera satisfacción, con toda brillantez, muchos siglos después, a su homónima del Paraíso.

Ella, hoy, era mujer y serpiente.

Como hembra, extraordinaria. Verdaderamente excepcional. Insuperablemente hermosa.

La belleza exuberante de su ser arrancaba desde la raíz de sus áureos cabellos para terminar en la punta de los dedos de unos pies diminutos, bien formados, bronceados.

Aquella cascada de oro compuesta por finísimas hebras resbalaba por encima de sus hombros, por la espalda, cual indómita catarata de chorro voluptuoso, de caudal inagotable.

Ella, las recogía ahora en cautivador moño sobre la nuca, dejando al descubierto el grácil cuello de cisne.

Sonreía a través de la pulida luna del tocador.

Con unos labios rojo carne, húmedos y brillantes, entreabiertos en silenciosa invitación a la delicia de un beso.

El profundo azul claro de sus ojos inmensos, insondables, rodaba dentro de unas cuencas oblicuas, achinadas, exóticas, irresistiblemente cautivadoras.

Seguía al encanto repartido por su rostro un cuerpo flexible, escultórico, vivo, sensual, electrizante, de curvas geométricamente rotundas a las que una pincelada armoniosa daba el retoque sabio para ofrecerse con una pureza ficticia.

Su busto firme, ampuloso, desafiante y exquisitamente redondeado. La fugaz cintura de mimbre. Las caderas esculpidas. La

línea suave de sus piernas torneadas.

Un dechado de belleza.

Un resplandeciente estuche físico en el que anidaba la serpiente cruel, venenosa, traidora.

Eva Dubois era una de aquellas mujeres a quienes los antiguos profetas describían como poseídas por el diablo; una Jezabel.

Dotada de una brillante inteligencia que siempre había empleado en pro del mal y la destrucción, la vesania y los malos instintos eran el móvil principal de sus actos, sin importarle nada con tal de conseguirlo todo.

Pero sabía sonreír tentadoramente.

Ahora, mientras acababa de recoger sus rubios cabellos, en tanto que coloreaba sus labios con la barra de carmín.

Mirando por el espejo al hombre que se hallaba de pie, en mitad de la estancia, con las manos hundidas en los bolsillos y la expresión sombría.

Hosca.

—¿En qué piensas, Peter?

Alzó el hombre la cabeza que tenía hundida en el pecho, rozándolo con la barbilla.

—Creo que estando cerca de ti no queda tiempo para pensar en nada.

Eva se alzó, luego de haber coloreado sus labios, apartando la banqueta del tocador.

Giró sobre sí misma, dio unos pasos, se recostó en la pared mirando al individuo con extraordinaria fijeza.

Reclinada.

Como una mujerzuela de cualquier barrio bajo de Chicago o Nueva York. Cruzados los brazos sobre el busto, la cabeza un poco echada hacia atrás. En la forma de ladear la cabeza y en el ligero abandono de las caderas bajo el blanco y cristalino peinador, hablaba la vulgaridad y la impudicia. Su cuerpo entero invitaba a todo lo que su mirada parecía prohibir con maligna perversión.

—No me engañas, Peter. Sé que estás pensando en algo.

El, dióse cuenta de que a medida que hablaban, ella lo estaba estudiando minuciosamente como si lo viera por primera vez. La cabeza, los hombros, el corte de la americana. Era la clase de mirada que podía esperarse de una «adquirida». Una mirada de

apreciación, casi impúdica y, sin embargo, diferente quizá por su dignidad y orgullo.

—Sí... —musitó Peter—, es posible que esté pensando en algo.

Ella sonrió.

Una sonrisa maliciosa, lenta, insinuante, burlona. Llena de sabiduría y experiencia.

—Y... ¿puedo saber tus pensamientos? No creo que después de los meses transcurridos existan secretos entre tú y yo.

Negó él, moviendo de izquierda a derecha su cabeza de ondulados cabellos negros.

Se despojó de la americana echándola encima del lecho.

Lo siguió mirando ella.

El sano color de sus pómulos graciosamente salidos, los anchos hombros, la cintura estrecha, la firme nariz, la boca huraña y sensual, la arrogancia de sus ojos extrañamente grises.

Peter Kebble.

Había en él algo atractivo y noble. Una nobleza que tenía algo de esa magnificencia que nace en el mismo esplendor de la Naturaleza.

—Pienso en aquel día, Eva. Vestías de luto. Fingías llorar mientras echaban tierra encima de la sepultura de tu marido. Pero por el rabillo del ojo no hacías más que mirarme. Te sorprendiste cuando me acerqué a presentarte el testimonio de mi sentida condolencia. Y más, cuando al preguntarme si era conocido de tu difunto esposo te contesté que no.

—Lo recuerdo —habló Eva, ondulando ligeramente su cuerpo exhaustivo—. Me hablaste de un hijo habido en el primer matrimonio de Baldwin, eran muchos los años que nos separaban... pero estaba tan locamente enamorado de mí. Pero... todavía no comprendo por qué me ocultó la existencia de su hijo. ¿Por qué, Peter?

Una extraña sonrisa floreció en la boca del hombre. Una sonrisa que era desconocida para Eva.

—Porque Baldwin Eldon no podía hablarte de un hijo que... *jamás había tenido.*

Sonrió ella ahora.

—Lo sé, Peter. No has conseguido desconcertarme como pretendías. Fue un ardid muy burdo el que empleaste para llegar

hasta mí. ¿Crees que era muy difícil averiguar si existía o no ese Charles fruto de tu imaginación?

La extraña sonrisa seguía viva en los labios del hombre.

—No. Sé y sabía que eso no entrañaba dificultad alguna para ti. Además, elegí precisamente esa treta para que no tardases demasiado en saber quién era yo realmente.

—Duncan Crew, del Departamento de Defensa del *Federal Bureau of Investigation*.

No.

Duncan Crew, hasta entonces Peter Kebble, no borraba la sonrisa.

—Exacto, Olga Luchsinger, del *Spider Espionage Organization* —repuso el hombre con una tranquilidad pasmosa—. Era para mí una nueva experiencia dejarte jugar a que supieses mi verdadera personalidad, haciéndole creer que yo ignoraba que me habías descubierto. Eso, como comprenderás, en lugar de un hándicap, era una ventaja para mí. Te dejé también que jugaras a la mujer irresistible que somete al hombre por la pasión de poseerla. Te dejé soñar demasiado para conseguir muy poca cosa. Una mujer que se convertía en ciudadana estadounidense al casarse con el senador Baldwin Eldon, después de haber entrado en el país con un pasaporte falso a nombre de Eva Dubois que la acreditaba como súbdita francesa, hubiera hecho sospechar hasta un niño con aficiones detectivescas. Envenenar luego a Baldwin cuando descubrió quién eras y lo que pretendías, fue un error garrafal. Hicimos como que tragábamos el anzuelo de su fallecimiento por corte de digestión. Quisimos darte cuerda para que te ahorcaras, y también, para engañar a los jefes de tu organización. ¡Ilusa! ¿Crees, de verdad, ser la diabólica mujer que tú supones? No, pequeña. Sólo eres una estúpida engreída que había soñado ser la Jezabel del siglo Veinte. ¿Qué has conseguido? Unos microfilms de relativa importancia con los que tenías... digo *tenías*, que escapar mañana en la noche hacia Canadá. Mal negocio hubiese hecho la SEO con esos microfilms... *porque son totalmente falsos*.

Un chispazo de odio e ira cruzó por las pupilas de la mujer. Su bello rostro se transformó en una máscara diabólica, horrible, que destilaba sádico veneno.

—¡Maldito! —rugió.

Y al instante, como por arte de birlibirloque, una pequeña automática pareció nacer en su mano derecha.

—¡De todas formas tenía que matarte! —rugió, al tiempo que alzaba el cañón hacia el pecho del hombre.

Una burlona carcajada estalló en labios de Duncan.

—Me das pena, muñeca. El pedestal de sueños sobre el que tú misma te habías elevado, se ha diluido como humo de cigarrillo en el aire. El F.B.I, es un organismo mucho más poderoso que el que pueda construir cualquier grupo de espías y asesinos a sueldo. Y yo, dentro de ese organismo, soy uno de esos hombres que tienen licencia para matar. Y lo hago fríamente, Olga. Sin ningún remordimiento de conciencia. Con la misma naturalidad que un contable anota las operaciones del mes en el libro mayor. Una profesión como otra, querida. Estás sentenciada desde el día en que envenenaste a Baldwin Eldon. ¿Que por qué he esperado? Mantenía la duda de si a través de ti podría llegar a la cabeza de la organización que sirves... pero ahora ya sé que ni tú misma conoces al enigmático personaje que rige los destinos de la SEO. Eso, te condena a muerte.

—¡Imbécil! ¡Hijo de perra! Estás a un paso de la tumba y te atreves a sentenciarme. ¡Digiere el plomo, bastardo!

—No te esfuerces, encanto. Me he tomado la molestia de quitarle las balas a ese artefacto.

No.

Eso no era cierto. Duncan Crew no sabía exactamente dónde ocultaba ella su pistola.

Imaginaba que en un lugar muy íntimo.

Pero Eva, vaciló unos instantes.

Puede que sólo fracciones de segundo.

Los que necesitaba el hombre del F.B.I.

Para dar un salto impresionante, salvar la cama, desenfundar su «*Parabellum*», dar un giro en pleno salto y oprimir el gatillo dos veces consecutivas.

Eva Dubois disparó tarde. Porque no había comprendido la argucia del federal.

Doblándose ya por la cintura.

Los proyectiles impactaron en el suelo rebotando con lúgubre silbido. Luego, se perdieron rabiosamente rumbo a la pared.

El peinador se teñía con una rosa escarlata cuyos bordes se agigantaban cada vez más.

Eva, de bruces en tierra, estaba inmóvil.

Igual que los muertos.

Duncan Crew, pasando por encima del cadáver sin concederle la más ligera importancia, sin dirigirle tan siquiera una mirada, alcanzó el tocador.

De uno de los cajones extrajo un dorado estuche de peines y cepillos. Tras desenroscar la circunferencia donde se alojaban las cerdas de uno de ellos, tiró de un pequeño cable que inmediatamente cobró forma de antena.

Extrajo del interior un minúsculo micrófono acercándolo a los labios. Habló, con irónica frialdad:

—Control de SEO, ¿me escucha? Imagino que sí. Tome buena nota de lo que voy a comunicarles: Olga Luchsinger no irá al Canadá mañana en la noche porque acabo de matarla. De todas formas, no lo lamenten demasiado. Los microfilms que aseguraba poseer no valen un centavo. Yo mismo me encargué de que pudiese obtenerlos con toda clase de facilidades. Alimento la esperanza de volver a enfrentarme a uno de sus diabólicos agentes. De veras, que será un placer para mí. Luchar contra una organización como la suya es algo que me apasiona... ¡ah!, un consejo, recapaciten sobre el hecho de que tienen contra ustedes un organismo llamado F.B.I. ¡Buenas noches, caballeros!

Se frotó las manos y tras calarse la chaqueta abandonó la habitación con una sonrisa en los labios.

Otra misión terminada.

CAPÍTULO III

DAYTON, OHIO, 10 DE FEBRERO DE 1967

Era lo de siempre.

Como el regreso al bogar.

A la vieja granja de Dayton donde Duncan Crew viera por primera vez la luz del sol treinta y un años atrás.

No.

Los viejos ya no estaban.

Sus cuerpos ajados reposaban en el cercano cementerio rodeado de una artística verja de hierro.

Sólo para la familia.

Allí crecía la hierba, incluso las flores.

Y no faltaban las estiradas figuras de los inveterados cipreses, con su belleza rígida, erguida, casi siniestra.

Un recuerdo perenne de muerte.

Pero la hembra de la guadaña era ya una invitada perpetua a caminar de la mano de hombres como Duncan Crew. De agentes especiales... ¿agentes?, mejor de homicidas natos que jugaban con su vida precisamente para matar.

Y en matar, estaba el mayor riesgo de morir.

¿Hombres?

Máquinas habilitadas para lograr un propósito menospreciando el valor de una vida, sin pensar en lo trágico de una muerte.

Eso sólo podía pensarse ahora. Al linde y a la sombra de aquellas simétricas hileras de erguidos cipreses que recortaban sus penachos estilizados contra el azul de un cielo que no se cansaba de pregonar la vida.

El mundo, era un absurdo como otro cualquiera. Más grande, redondo, y según los geógrafos, achatado por los polos.

¡Porquería! ¡Bazofia!

Crisol de utópicos sinapismos, mezcla de andróminas, eufemismos, maremágnum de gentes que vivían un carnaval perpetuo tras su máscara sofisticada.

Bastaba con escarbar un poco para encontrar montones de basura, de podredumbre y hez pestilente.

El mundo...

¿Y él?

Igual que los muertos. Estaba en otro mundo. Pertenecía a una generación pasada y venidera. Había muerto al mismo tiempo que nacido.

Duncan Crew. Licencia para matar.

Todos estos razonamientos y otros muchos circulaban por el cerebro del agente del Departamento de Defensa del F.B.I, mientras caminaba con pasos medidos dejando atrás el hogar postrero donde reposaban pedazos de su carne.

No.

Los gusanos no habrían tenido beligerancia con aquellos pedazos de carne.

Duncan hubiera deseado ser filósofo, librepensador, reflejar en papeles escritos su escepticismo acerca del mundo y la vida, descubrir las bajezas que lo mismo anidaban en la raíz, que en el tronco, que en las ramas.

No importaba dónde. Igual arriba que abajo.

¡Bah! Ya era bastante. Sepulturero bien vestido y autorizado. Con amplios poderes para barrer alguna de las basuras que ensuciaban la tierra.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, la mole gris-rojiza de la granja fue saliendo a su encuentro rodeada de aquel vergel de verdes matices, de aquel ambiente embalsamado que olía a fragante naturaleza.

Un par de menudos diablillos pelirrojos, lo mismo que su madre, correteaban por el otro lado de la cerca enarbolando sendos pistolones de madera.

—¡Alto! ¡Deténte en nombre del F.B.I.!

Duncan se paró a contemplarlos con nostalgia, mientras sus

labios murmuraban como en quedo rezo:

—Si tío Duncan vive... vosotros no obtendréis jamás una de esas licencias.

Por lo visto, el tono de su voz no había sido todo lo tenue que suponía.

—Sólo son chiquillos, Duncan. Los niños siempre muestran una especial predisposición para jugar a «malos» y «buenos». Tus sobrinos juegan al F.B.I, porque para ellos, esa palabra y su tío, la relacionan y elevan...

—Como un sueño más de niñez que nunca debe convertirse en realidad, Jane. Los sueños son hermosos mientras son eso... sueños. Cuando cristalizan, el despertar es ingrato y desagradable. Nada en esta vida es como lo imaginamos. No hay una sola realidad que responda a la imagen que de ella hemos formado en nuestros sueños.

Jane Crew, con su delantal húmedo rodeando su cintura, con su expresión graciosa, con las pecas simpáticas que salpicaban su rostro agradable, miró a su hermano fijamente.

—Duncan... ¡cuánto has cambiado!

—Desde que mis sueños se convirtieron en realidad, pequeña. Desde que comencé a saber que nada era como yo había imaginado, Duncan Crew dejó de ser el que era.

Una sonrisa de bondad se extendió por los labios de la mujer.

—Estás falto de algo, Duncan. Como todos los hombres necesitas de esa segunda madre que se llama esposa.

Sonrió el federal.

—¡Eso no! —exclamó fingiendo horror—. Pasó la edad de pasearme por Dayton como un presidente en plena campaña electoral con un letrado a la espalda que diga: «Duncan Crew, soltero y sin compromiso. Prometo mantenerte y ser un buen esposo. Te dejaré que me calientes las zapatillas en el fuego del hogar y que enciendas mi pipa cuando me sienta en el sillón Me gustará que me regales un batín a cuadros». Hermanita, eso es tan absurdo como todo lo demás.

—Duncan... —musitó ella con profundo acento— ¿por qué te empeñas en mofarte siempre de las cosas que cualquier persona considera lógicas? La vida es una cadena. No es burlándose como se arrastra... es sabiendo aflojar los grilletes como la cadena se

convierte en una condena feliz.

—Puede que tengas razón, hermanita.

En aquel instante, uno de los diminutos pelirrojos pasó por debajo de la empalizada y se abrazó a las piernas del hombre.

—¡Tío Duncan! —exclamó fatigosamente—. ¡He matado a Tim y no quiere caer al suelo!

Acarició la brillante y rizada cabellera.

—Tú... ¿quién eres?

—¡Tío! Yo soy Duncan Crew, agente del F.B.I.

—Corre. Dile a Tim que caiga enseguida al suelo.

El pequeño, loco de alegría, se alejó gritando:

—¡Tim! ¡Tim! ¡Tío Duncan ha dicho...!

—¿Lo ves? —interrogó Jane—. Son felices. Esfuérzate tú en serlo también.

Una rechoncha mujer de tez color chocolate se acercó a ellos bamboleándose como una nave en medio de un tifón.

—«Niño» Duncan, tome «usté» esa carta. «Dise» el cartero que es urgente. Y yo le he dicho, «pué» sí «señó», se la llevo a «niño» Duncan «ya» mismo.

—Gracias, mamita.

Duncan abrió el sobre y extrajo una cuartilla.

Sus ojos de águila captaron al instante el nerviosismo que se desprendía de los trazos de aquella caligrafía. Éste era el texto:

«Duncan: Ven inmediatamente a Dayton. Estoy alojada en el “Hotel Christian”, habitación doce. No te demores, cariño. Es urgente lo que tengo que decirte.

»Sisely».

Guardó la nota en un bolsillo.

—Tengo que marcharme, Jane.

La mujer, extrañada, protestó:

—¡Pero...! Si apenas hace tres días que llegaste, Duncan.

—No sufras, hermanita. Regresaré hoy mismo.

Dejó atrás el fastuoso vestíbulo del hotel y ascendió por la escalinata de mármol sin que nadie le preguntase dónde iba o

dejaba de ir.

Primera planta. Habitación doce.

Golpeó suavemente con los nudillos.

—¡Sisely...! —susurró, pegando los labios a la hoja de madera.

No obtuvo respuesta.

¿Habría salido?

Probó la puerta. Estaba cerrada, pero no con llave. Era muy posible que ella no le hubiese esperado tan pronto y aprovechara para realizar las clásicas compras que toda mujer se veía obligada a realizar cuando estaba de viaje.

¿Viaje...?

¿Para qué demonios había ido Sisely desde Columbus a Dayton?

No, desde luego. La distancia no era excesiva.

Mientras penetraba en la habitación cerrando tras sí recordó el texto de la escueta misiva.

«Es urgente lo que tengo que decirte».

Entonces, ¿por qué había salido en lugar de permanecer en su habitación esperándole?

Llegó al «living».

Sí. La mujer lo había estado esperando.

Ahora, aguardaría por toda la eternidad.

De bruces sobre la alfombra, empapada de sangre la blusa verde, extendidos los brazos con inmóvil y significativa rigidez.

¡Muerta!

Sisely Boghart.

¡Asesinada!

Un rugido de rabia e impotencia quedó ahogado en el pecho del federal.

Sus ojos habían captado un significativo detalle.

¡La araña!

Un velludo artrópodo de diminuto tamaño confeccionado con alambre y terciopelo.

¡Cerdos! ¡Malditos asesinos!

¿Asesinos...? ¿Y él?

Pero Sisely... ¡eso era una canallesca represalia!

Cierto que él y la muchacha habían sido algo en otros tiempos.

También que ella seguía enamorada. Y que había colaborado con él...

Trabajaba en una fábrica de aviones sujeta a contrato del Estado cuya producción íntegra era absorbida por el Gobierno. Sisely, como secretaria del señor Cliff Storne, de la «STORNE NATIONAL MOTORS», había intervenido en el asunto de Olga Luchsinger, encargándose de facilitar la salida de ciertos microfilms sin valor alguno.

Aquello... ¡lo pagarían muy caro!

La *Spider Espionage Organization* tendría un recuerdo nefasto del agente del F.B.I., Duncan Crew.

¡Retorcida venganza!

¿Venganza?

Mientras contemplaba el tendido cadáver de la que fuera bonita y cariñosa mujer, colaboradora, enamorada y amiga, Duncan trató de pensar escapando a su ofuscación inicial.

No.

No era una venganza.

No podía serlo.

Bastaba con recordar de nuevo el texto de la carta que Sisely le había remitido.

«No te demores, cariño. Es urgente lo que tengo que decirte».

Con lógica, Duncan, con lógica...

Sisely Boghart habíase desplazado desde Columbus —lugar donde la «STORNE NATIONAL MOTORS» tenía ubicada su factoría, muy cerca de las bases militares de Patterson y Wright— hasta Dayton, para comunicarle algo importante.

Urgente.

Importante y urgente, para comunicárselo a él, era sinónimo de algo relacionado con el organismo al que Duncan servía.

Ahora sí.

La habían matado para que no lo hiciera partícipe de su secreto o descubrimiento.

Se inclinó sobre el cadáver, rozó fugazmente con los labios el

revuelto cabello negro.

Tomó el sintético arácnido guardándolo en un bolsillo.

Procuró salir de la habitación sin ser visto. Eran ya demasiados los tropiezos que había tenido con la Policía Metropolitana.

—¡Duncan!

Giró en redondo.

Un tipo enclenque que lucía unos tirantes raídos sobre la camisa de cuadros acababa de salir bajo la marquesina de un edificio al que un gran letrero negro denominaba como: «TELÉGRAFOS».

—¿Qué te «cuece», viejo?

—Me alegra verte, muchacho. Por dos razones. Para saludarte y porque me ahorras un viaje. Ahora mismo me disponía a salir hacia la granja de tu hermana para llevarte un telegrama urgente que acaba de llegar para ti.

Duncan sonrió.

—Entonces, no seas farsante. Di que te alegras de verme porque con ello te ahorras un viaje. ¡Venga ese telegrama!

Se lo entregó.

Tras cruzar unas frases de despedida con el funcionario, desdobló el telegrama y fue leyéndolo mientras caminaba.

Decía:

«PRESÉNTASE WASHINGTON INMEDIATAMENTE.
AGUARDARE SU LLEGADA EN MI DOMICILIO
PARTICULAR. NO SE DEMORE. URGENTÍSIMO.
SALUDOS, SHUTTLE».

Frunció el entrecejo.

No le sorprendía la llamada de su jefe. Era normal recibirla cuando estaba disfrutando del relax físico y mental que seguía a cada misión.

Pero, lo del domicilio particular, tenía un incomprensible y significativo matiz a la propia vez.

Puso rumbo a las oficinas de la T.W.A.

Desde allí mismo telefoneó a Jane para que le enviase su maleta por medio de uno de los peones de la granja.

Tampoco Jane se sorprendía ante aquellas bruscas despedidas.

—Su boleto, señor Crew.

Volaría hacia Washington dentro de dos horas.

CAPÍTULO IV

WASHINGTON D.C., 10 DE FEBRERO DE 1967

Chester Hussing sonrió con afectuosa severidad cuando tuvo frente al profundo castaño de sus ojos la figura atlética del agente del Departamento de Defensa del F.B.I., Duncan Crew.

—Llega con algo de retraso, Crew. El jefe lo aguarda impaciente en su despacho. Sígame.

Hussing llevaba muchos años al servicio del *Federal Bureau of Investigación*, como secretario particular del segundo jefe de los Servicios de Defensa —hoy jefe supremo del Departamento de Defensa—, Burton Shuttler.

Caminaron por encima de una tupida alfombra que ahogaba el más leve siseo de las suelas al crujir o de los pies al arrastrar.

Un absoluto silencio reinaba en la mansión.

Chester Hussing abrió la última puerta del pasillo que se iniciaba al término del acogedor vestíbulo haciéndose a un lado al anunciar:

—Ha llegado el señor Crew, jefe.

Desde el fondo de la estancia, al otro lado de una enorme mesa de escritorio, brotó una voz apagada, diciendo:

—Que entre.

—¿Me necesita para algo, jefe? —interrogó el secretario.

—No, Hussing, gracias. Déjenos solos.

Duncan Crew, con cierta familiaridad, avanzó por la estancia que parecía servir de biblioteca y despacho.

Los muebles eran regios, señoriales. La decoración, añeja. Las molduras y cuadros que sobresalían de las paredes, le imprimían severidad.

—Buenas noches, jefe.

Burton Shuttler, el jefe, había dejado muy atrás la barrera de los cincuenta para irse acercando paulatinamente a los inicios de la senectud.

Los sesenta estaban ya a su alcance.

Tenía los cabellos de un gris blanco, plateados los aladares, arrugada la frente lo mismo que el cutis, apacibles sus bondadosas facciones que, rara vez, mudaban su expresión para mostrar contrariedad, desagrado o enfado, aunque interiormente lo sintiese.

Un expresivo cansancio se evidenciaba en la mirada de sus ojos pardos.

Lo mismo que en el hundimiento de los hombros y, en las encorvadas espaldas.

Duncan, mientras se dejaba caer en una mullida butaca al otro lado de la mesa, se dijo, observando al jefe, que en tres meses había envejecido quince años.

—¿Qué tal marchan las cosas, Crew?

—Usted lo sabe. Terminé con el asunto de la Luchsinger...

—Sí. Ya recibí sus noticias desde Duluth antes de que se trasladara a Dayton. Siento muy de veras haber tenido que interrumpir su descanso.

Duncan estuvo a punto de decir que aunque él no lo hubiese llamado, el asesinato de Sisely Boghart le hubiera devuelto al trabajo antes de finalizar sus vacaciones.

—Es mejor así, señor. La inactividad anquilosa los miembros y obstruye el cerebro. ¿Algo nuevo para mí?

Burton Shuttler tardó más de cinco minutos en responder.

Más de siete también.

Y cuando lo hizo, fue preguntando:

—¿No le extraña que le haya citado en mi domicilio en lugar de mi oficina en el edificio del *Federal Bureau*?

Duncan se inhibió de la respuesta con un problemático encogimiento de hombros.

—Hace mucho tiempo que dejé de sorprenderme.

Shuttler no hizo comentario alguno a la evasiva del agente.

Crew, que miraba de soslayo a su superior, notó en él una indecisión anormal.

Su extraña actitud, la cita, aquel envejecimiento prematuro...

todo aquello era preludio de algo que gravitaba profundamente sobre los hombros de Burton Shuttler.

Otras veces, aun siendo misiones importantes y delicadas, Shuttler las había enfocado con un entusiasmo casi juvenil, con un absoluto convencimiento de que sus hombres y el organismo del que era uno de los cerebros rectores, triunfarían sin ningún género de dudas.

Ahora, aquella seguridad, aquel temple, la inyección de moral y confianza que con su sonrisa contagiaba a los agentes bajo su mando... se habían esfumado como por arte de magia.

Eso era lo que sorprendía y extrañaba a Duncan Crew, aunque no lo manifestara.

El jefe, del cajón central de su extensa mesa, extrajo varios periódicos. Los fue seleccionando. Dobló cuidadosamente algunas páginas de forma que una parte quedara enmarcada y resaltase por encima de las demás y tendió un ejemplar a Duncan.

—Lea este artículo, Crew.

Lo hizo, dejando caer sus ojos grises sobre la letra de imprenta.

*«El Vietcong es cada vez más audaz en sus atentados.
Se ha hecho ya un tópico...»*

Minutos después devolvió el periódico. Shuttler le entregó otro, doblado por una de las páginas centrales.

Leyó:

«Como se sabe, y en un ejemplo de ética profesional y de civilidad, el New York Times envió a Hanoi uno de sus más famosos corresponsales para explicar a la opinión pública norteamericana los “desastrosos efectos que ejercen sobre la población civil los bombardeos llevados a cabo por la aviación de su país”. Se trata, posiblemente, de un caso sin precedentes en la historia de las guerras. Es como si durante la última Guerra Mundial el Times de Londres hubiera enviado un corresponsal a Dusseldorf para explicar al pueblo británico los mortíferos efectos de

las bombas de la RAF sobre los inocentes niños alemanes. Junto con Salisbury, coincidieron en la capital del Vietnam del Norte...».

Cuando terminó de leer, cambió el ejemplar por otro que Shuttler le tendía.

Leyó esta vez:

«VIETNAM DEL SUR PONDRÁ EN LIBERTAD A PRESOS NORDV-IETNAMITAS. Saigón, 31 de Enero (Efe-Reuter) —Vietnam del Sur pondrá en libertad a veintiocho prisioneros de guerra nord-vietnamitas, el día 3 de febrero con motivo de la celebración del nuevo año lunar, según informes de fuentes gubernamentales. Los prisioneros serán liberados en la orilla del río Ben Hai, línea de demarcación de la zona desmilitarizada que separa los dos países».

El pasado año fueron...»

Duncan Crew devolvió el tercer periódico.

—He leído algo de todo esto, señor —comentó el agente sin concederle demasiada importancia.

Un último periódico, que Shuttler parecía reservar, como las sorpresas o los misterios, para el final, fue tendido al agente.

—Un último vistazo a esto, Crew.

Quizá por intuición, puede que por una corazonada, Duncan prestó al artículo mayor atención que a los anteriores.

Decía:

«¡IMPRESIONANTE ODISEA DEL COMANDANTE DE LAS FUERZAS AÉREAS NORTEAMERICANAS. WELDON CRADDOCK! Saigón, 29 de enero, (Efe-Reuter-Press) — ¡Consigue escapar de las garras del Vietcong, a través de millas y millas de jungla, sangrantes las muchas heridas infringidas, después de haber caído prisionero de los

guerrilleros al fallar una turbina del reactor que pilotaba y verse obligado a efectuar un aterrizaje forzoso! Weldon Craddock, plato fuerte de todos los corresponsales de guerra, hoy en Saigón, ha sido Trasladado al hospital de la capital sudvietnamita. Los médicos aseguran que en cinco días estará en condiciones de emprender viaje a Estados Unidos para disfrutar la licencia por tiempo indefinido que el Alto Mando del Comando Aéreo Estratégico estadounidense le ha concedido al conocer su hazaña.

»Craddock, luego de haber sido hecho prisionero, al ser sacado inconsciente...»

Una vez más, Duncan devolvió el periódico.

—Señor —dijo con cierto matiz, de ausencia—, ¿desde cuándo se interesa usted tanto por la guerra del Vietnam? No niego que todos nos preocupamos un poco de ella... pero usted parece sufrir una obsesión. ¿Colecciona todos los recortes que hablan de los encuentros entre vietnamitas del norte y del sur?

Una marginal sonrisa apareció en un extremo de los labios del jefe del Departamento de Defensa del *Federal Bureau of Investigation*.

—La guerra —pronunció amargamente—, puede llegar a convertirse en problema personal de un hombre, Crew.

Arqueó las cejas el agente.

—No le comprendo, señor.

Tosió Shuttler.

—A mi edad, hijo, hay cosas que se hacen difícilísimas de explicar. Y esas cosas, no pueden confiarse a cualquiera. Se precisa una persona de confianza. Se necesita... hablar a solas con ella en el despacho privado de uno. Por eso lo he llamado con tanta urgencia y con carácter particular. Usted es la persona de confianza que necesito para resolver el problema más grave que la vida me ha planteado. Soy casi un viejo, Crew, y sinceramente, no tengo las energías necesarias para afrontar el terrible dilema ante el que me encuentro. Muy pronto comprenderá el porqué de los periódicos, el porqué de mi súbito y desmesurado interés por los sucesos del Vietnam —tras una pausa, cambió el tono de su voz y dio un giro

brusco a la conversación con una pregunta inesperada—: ¿Sabe usted, Crew, que me casé hace cuatro años?

—Sí... —asintió el agente, evidentemente desconcertado—, lo recuerdo. Creo que me lo comunicó usted mismo de palabra.

—¡Oh, sí! Es cierto. Lo había olvidado. ¿Le dije, Crew, que me casaba con una mujer a la que aventajaba en veintitrés años?

—No recuerdo que mencionara ese detalle, señor.

—Bien. Lo sabe ahora. Karen Storne, mi esposa, podría muy bien ser mi hija. Tarde me acordé de que en el mundo existían seres deliciosos llamados mujeres. Conocer a Karen y sentir en mí una pasión impropia de mi edad, fue un mismo hecho. Su cautivadora belleza me deslumbró. Poco tardé en confesarle mis sentimientos hacia ella. Karen fue noble. Me dijo que no me amaba pero que haría todo lo posible por ser la esposa buena y leal que yo merecía. Su nobleza, Crew, fue mucho más lejos de lo que cabe esperar de una persona, hoy, en nuestro tiempo. Karen me hizo partícipe del secreto que pesaba sobre su existencia: Un hijo. Un muchacho de seis años llamado... Ben.

»Todo había sucedido en los Angeles, durante unas vacaciones que Karen disfrutaba con sus padres, en julio de 1957. En la playa conoció un apuesto muchacho Mamado Weldon Craddock. Empezaron a verse con mucha frecuencia a espaldas de los padres de ella. Se enamoraron uno de otro, la pasión desbordó el dominio de sí mismos... meses después, de regreso a Columbus, su ciudad natal, Karen explicó su estado. Iba a ser madre. Su padre, Cliff Storne, desesperado, trató de arrancarle el nombre de quien la había mancillado. Karen, haciendo gala de un juicio y unos sentimientos impropios de su edad, dijo que tan culpable era ella como él. Que no estaba dispuesta a comprar marido a un precio tan sucio. No habló de Craddock. Ni él volvió a preocuparse de ella aunque sabía la magnitud de los hechos. Cliff Storne la envió a una casa de campo que su hermana Claire poseía en Augusta, Georgia, y allí nació Ben.

»Fue sincera, Crew, y como un error no es suficiente para juzgar la conducta de una persona, me casé con ella aun sabiendo lo del niño porque la amaba por encima de todo y muy poco me importaba su pasado. Storne vio nuestra boda como una salvación otorgando su aquiescencia a pies juntillas».

Tras una pausa, habló el hombre con voz ahogada por la congoja:

—Habrá comprendido que el padre de Ben es el Weldon Craddock de que habla el último periódico que le he mostrado.

—Sí. Lo estaba suponiendo.

—Sabe también que Cliff Storne, padre de mi esposa, es el director general y fundador de la «STORNE NATIONAL MOTORS»...

Un chispazo de luz pareció inundar de claridad el cerebro del agente.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Esa empresa estaba relacionada con el asunto de Olga Luchsinger.

—Así es, Crew. Ahora comprobará usted de qué forma más inverosímil une, separa y vuelve a unir el destino, la vida de las personas.

Una nueva pausa, seguidamente.

—La «STORNE NATIONAL MOTORS» construye aviones de guerra con contrato de producción exclusiva para el Gobierno. Precisamente, por estar la fábrica instalada en Columbus, muy cerca de las Bases Aéreas Militares de Patterson y Wright, en ellas se prueban los aparatos diseñados por la empresa cuyos destinos rige mi padre político. Pero la «STORNE NATIONAL MOTORS» no se limita a la construcción de aviones. En los últimos años, apoyada por nuestro Gobierno, varios de sus más eminente ingenieros, bajo la dirección del ingeniero-jefe William Arristone, han estado construyendo en secreto los planos de un complicado mecanismo que, terminado hace muy pocos meses, ha sido probado con satisfactorio éxito. Ese invento es precisamente el que deseaba obtener Olga Luchsinger, miembro de la enigmática organización SEO que, merced a su intervención y la de Sisely Boghart, no pudo obtener.

«La *Spider Espionage Organization*, Crew, no se da por vencida con el fracaso inicial de su agente Luchsinger. Dispuestos a tenernos en jaque, se han decidido a obrar de una manera abierta... de una forma que me atañe directamente a mí. Esa organización me ha formulado un ultimátum. Mejor dicho, se lo ha dirigido a mi esposa por medio de un comandante de nuestras Fuerzas Aéreas llamado Weldon Craddock. Si en el transcurso de una semana no le entregamos a Craddock los planos del invento obtenido por los

ingenieros de la “STORNE NATIONAL MOTORS”, para que él regrese con ellos a Vietnam... ese hombre confesará públicamente la existencia de un niño llamado Ben y sus intimidades con mi esposa en el transcurso de un veraneo el mes de julio de 1957 en la ciudad de Los Angeles.

»Ya lo sabe todo, Crew. El Vietcong, a través de ese fatídico organismo y valiéndose del comandante Craddock, al que estoy seguro han coaccionado amenazándole con asesinar a su familia — en la actualidad es casado y tiene dos hijos—, ha llegado hasta Washington moviendo sus piezas contra mí en un inapelable jaque mate. Debo lograr mover mis peones en el lapso de siete días para escapar a ese jaque... de lo contrario, dispondré de muy poco tiempo para decidir si debo convertirme en un traidor a mi patria por salvar la reputación de mi esposa y la mía propia. Si me niego a facilitarles los planos, todos los periódicos del país airearán el nombre de Karen como lo harían con una cualquiera de los barrios bajos. Peor. Se ensañarán más con ella por tratarse de la esposa de un relevante funcionario de la primera organización policíaco-política de nuestro país. ¡Será el fin de mi carrera, la destrucción moral de Karen y hasta quizá el hundimiento de la “STORNE NATIONAL MOTORS”! Y si opto por acceder... ¿qué seré entonces, Crew?

Se ahogó la voz del hombre, mostrándose ahora más abatido que nunca.

—¡Un cochino espía! —exclamó en vehemente arranque—. Otro traidor como éstos, contra quienes los he enviado a combatir a ustedes.

Un profundo silencio se hizo en la estancia.

Varios minutos transcurrieron sin que se hiciera audible ni el aleteo de una mosca.

Fruncido el ceño de ambos hombres. Pensativos.

Trabajando el cerebro de Duncan Crew a velocidad vertiginosa. Relacionando hechos y personas.

Empezando a comprender por qué Sisely Boghart había sido asesinada en un hotel de Dayton.

—Tengo algo que comunicarle —soltó Crew repentinamente.

Y acto seguido relató los sucesos acaecidos pocos minutos antes de que recibiera el telegrama de Shuttler.

El crimen perpetrado en la persona de Sisely Boghart.

Aquel acontecimiento inesperado pareció aumentar la consternación latente en Burton Shuttler.

—¿Qué conclusiones ha sacado de ese asesinato, Crew?

El agente ladeó la cabeza.

—Al principio he formulado algunas cábalas y conjeturas. Ahora, después de haber escuchado su historia» señor, las cosas parecen mucho más claras. Sisely Boghart descubrió algo de vital importancia relacionado con la nueva maniobra de SEO para hacerse con el invento de la «STORNE NATIONAL MOTORS». Quiso hacerme partícipe de su descubrimiento... pero los «ejecutores» de la «Araña» llegaron a la cita antes que yo.

Shuttler, en un nuevo arrebato de vehemencia y desesperación, golpeó con una furia en el desconocido, violentamente, sobre la mesa.

Exclamó:

—¡He consagrado mi vida a este organismo! ¡El F.B.I, lo ha sido todo para mí! ¡Lucha, incertidumbre, esfuerzo, tesón, voluntad... todo! ¡No y mil veces no! ¡Yo no puedo convertirme en un traidor al organismo del que soy precisamente una de sus figuras centrales... uno de los hombres en quien John Edgar Hoover ha depositado su entera confianza!

—Cálmese, jefe. ¿No le parece que su excitación es el peor sistema para conjurar el gravísimo apuro en que se encuentra? Usted me ha llamado por algo, ¿no es eso?

—Se lo he dicho, Crew. Porque si a alguien podía confiar mis tribulaciones, ese alguien es usted.

Duncan, sonrió conmisericordioso.

—Entonces, señor —dijo con un tono de convicción que hizo vibrar al otro—, ¿por qué no pensamos juntos la forma de conjurar el peligro que se cierne sobre el país, sobre nuestro organismo, sobre usted en particular... y por qué no estudiamos de «paso» la forma de aniquilar de una definitiva vez ese «cáncer» llamado *Spider Espionage Organization*?

Una chispa de esperanza brilló en los apagados ojos del jefe del Departamento de Defensa del *Federal Bureau of Investigation*.

—¿Tiene alguna idea, Crew? —inquirió ansiosamente.

Sonrió escéptico el agente.

—Ideas sobran, señor. Lo que falta, es saber si son acertadas.

—Sin rodeos, Crew.

Duncan, clavó sus penetrantes ojos grises en la figura abatida de Burton Shuttler.

Dijo, casi con autoridad:

—Lo mejor, jefe, será que hablemos con claridad meridiana. Usted se encuentra en un terrible dilema que es causa de su nerviosismo y obcecación. En estas circunstancias, ningún ser humano es capaz de pensar o razonar con tranquilidad y acierto. Yo, que puedo enfocar el problema o la situación de un modo más objetivo, más frío si se quiere, estoy en condiciones de hilvanar con mucha mejor coherencia que usted.

—Entiendo —musitó el otro, atajándole—. Quiere darme a entender... que por esta vez, usted es el jefe.

—Exactamente, señor.

—Usted, manda, Crew.

Duncan, tras unos instantes de silencio, dijo con medidas palabras:

—¿Quiere conocer mi opinión sincera?

—Sí. Por supuesto.

Crew no meditó ahora. Al contrario, soltó la frase de un tirón:

—Hay alguien particularmente interesado en hacerle mucho daño a usted.

Shuttler arqueó las cejas.

—¿Qué trata de insinuar?

Un breve silencio.

—Sencillamente, señor. El jefe de esa organización «Araña» demuestra una predisposición especial en inmiscuirse en unos determinados asuntos que, sistemáticamente, están relacionados con la «Storne National Motors». Y esa empresa, está a su vez relacionada con usted. ¿Por qué no trata la *Spider* de infiltrar a sus agentes en nuestros centros experimentales atómico-nucleares? Eso, en nuestra era, sería lo más lógico. Pero no. La «Araña» se empeña una y otra vez en tejer su red alrededor de la «Storne». Sólo se me ocurre una explicación, señor. La de involucrarle a usted, por ser quien es, como jefe del Departamento de Defensa... y por ser miembro de la familia Storne. ¿No se da cuenta de que entra en el campo de lo absurdo que el Vietcong se preocupe precisamente por

los inventos de una empresa prácticamente privada, cuando más provechoso sería para ellos hacerse con un secreto nuclear?

—Un momento, Duncan. Usted desconoce la clase de invento elaborado por los ingenieros de la «Storne».

—Hábleme de él.

Burton Shuttler guardó unos instantes de silencio.

—En clave se le conoce como:

«TRC-102».

Su nombre, podríamos definirlo así: Teleradar-Control.

—¿Utilidad?

—Usted sabe que se puede dirigir un avión por radar... e igualmente un proyectil, ¿no?

—Correcto.

—La «Storne» no ha hecho más que modernizar ese sistema invirtiendo ligeramente el orden de su funcionamiento. Supongamos, Crew, que un avión despegue de la base «X» debidamente tripulado, con un rumbo fijo y una misión determinada.

—Supuesto.

Shuttler sonrió amargamente.

—En un punto determinado de ese rumbo actúa el

«TRC-102»,

¿sabe qué ocurre?

—No.

—Que el piloto deja de ser dueño de la nave que tripula. Ese artefacto modifica el rumbo, lo dirige a donde quiere e incluso obliga a que funcionen sus dispositivos bélicos de la forma que convenga a quien lo maneje.

Duncan se sorprendió genuinamente.

—¡Increíble!

—Pero cierto, Crew. Por eso a mí no me parece tan descabellado que el Vietcong, por mediación de la *Spider* y apelando a los medios más retorcidos, trate de hacerse a toda costa con el

«TRC-102».

Usted mismo acaba de leer... *«los desastrosos efectos de los bombardeos llevados a cabo por nuestra aviación en el Vietnam del Norte»*. Si el gobierno de Hanoi o el Vietcong disponen de un aparato como el inventado por la «Storne», convertirán a nuestras

unidades de las Fuerzas Aéreas, poco menos que en robots a su servicio. No... —se quebró ligeramente su voz—, yo no comparto su opinión, amigo Crew. Ahora bien, si acepto el hecho de que tratan de utilizarme como medio de garantía para que esta vez como en el caso de la Luchsinger, no fracasen sus propósitos.

Duncan movió la cabeza negativamente.

—Sigo firme en mi idea, señor.

Shuttler se encogió de hombros con evidente abatimiento.

—De acuerdo, Crew. Hemos quedado en que usted manda.
¡Adelante!

—¿Puedo efectuarle una pregunta, señor?

—Las que quiera, Crew.

Pareció meditar la primera.

—¿Cómo se puso en contacto el comandante Craddock con su esposa?

—Telefónicamente, desde Baltimore.

—¿Por qué supone usted que la maniobra de Craddock tiene que ver con la *Spider*?

—Sencillo, Crew. Porque Craddock le dijo a Karen que si no cumplía sus instrucciones al pie de la letra, entregándole el microfilm del «TRC-102»

en el plazo de una semana, la «Araña» nos destruiría a todos. Tratándose de una «Araña» simbólica... ¿con quién iba a relacionarla?

—Correcto. Así que Craddock se encuentra en Baltimore...

—Sí —le atajó Shuttler—. Pero ya le he dicho que tengo el absoluto convencimiento de que ese hombre obedece órdenes por coacción. Aun teniendo en cuenta el hecho de que no se portó correctamente con Karen al saber su situación... hemos de considerar también que jamás hasta hoy, se ha valido de ello para intimidarla. Las personas no cambian en veinticuatro horas a menos que se las obligue con razones muy poderosas... o muy siniestras. Craddock tiene mujer y dos hijos. No es difícil imaginar cómo o a cambio de qué han obtenido su colaboración en este asunto.

—Admitámoslo así, jefe. ¿Qué ocurre con su esposa?

Un profundo suspiro quedó medio ahogado en labios de Shuttler.

—Está deshecha moralmente. Se considera culpable de todo lo que está sucediendo y en especial... de lo que a mí pueda ocurrirme según la solución que adopte. Ella está dispuesta a sacrificarse. No le importa que su nombre corra de un extremo a otro de la nación... pero sabe que el mío irá junto al de ella poniendo un vergonzoso colofón a una carrera sin mácula. Esta mañana la he enviado a Augusta, para que esté junto a su hijo en la casa de campo de su tía Claire. Por supuesto, me ha parecido lo mejor alejarla de todo esto.

—Estamos como al principio, señor.

—Lo sé, Crew. Antes de llamarle a usted le he dado cien mil vueltas al asunto. Siempre he terminado en el mismo punto. Un callejón sin salida.

—Pero hay que encontrar esa salida, señor.

—Por eso está usted aquí, Crew. Y esto, más que una misión, es un favor que en mi nombre y en el del Organismo por el que todo lo damos... yo le pido. Sinceramente, Crew, ¿cree que conseguirá algo?

—Es mi deber intentarlo. ¿Cuántos días quedan de plazo concedido?

—Cinco. Dentro de cinco días, Craddock regresará al Vietnam «voluntariamente»... porque su permiso es indefinido.

—Comprendo. ¡Ah, señor!, necesitaré una autorización para visitar la «Storne National Motors».

—¿Visitar?

—Por supuesto, jefe. El traidor tiene que estar en alguna parte. ¿Por qué no en la «Storne»?

—Claro. ¿Quién le habló a la *Spider* del «TRC-102»...

y de lo ocurrido entre el comandante Craddock y su esposa?

—¿El traidor? —interrogó Shuttler.

Burton Shuttler se limitó a inclinar la cabeza.

—Usted manda. Le haré esa autorización y todas las que necesite. ¿Algo más?

—No por el momento. Procuraré mantenerme en contacto con usted, jefe. Como es una misión «especial», me comunicaré directamente con esta casa. ¿Dispone usted aquí de receptor sintonizado a la frecuencia que trabajan nuestros transmisores?

—Sí.

—Pues preste atención, señor: Alteraremos esa frecuencia a un número de megaciclos superior. ¿Entiende usted de electrónica?

—Algo.

—Entonces...

Duncan Crew estuvo dando instrucciones a su jefe de cómo debía maniobrar en el transmisor-receptor para que ambos pudiesen comunicar sin interferencias.

—De acuerdo, Crew —asintió Shuttler.

Duncan se puso en pie una vez el jefe le hubo extendido la autorización antes solicitada.

Burton Shuttler le imitó.

—No olvidaré nunca lo que se dispone a hacer por mí, Crew.

—Sencillo de olvidar, jefe. Suponga que lo hago por un caballero llamado Organismo F.B.I.

—Supondré que lo hace por ese... caballero, Crew. Con más anhelo que nunca, ¡buena suerte, hijo!

Duncan, al salir del despacho, se dio poco menos que de narices con Chester Husing.

Lo miró de arriba abajo.

—¿Busca algo, Husing?

Sonrió, ligeramente alterado el color de su rostro, el secretario de Burton Shuttler.

—¡Oh, no! Iba a decir al jefe si necesitaba algo antes de retirarme a descansar.

—No creo que precise nada, Husing. Puede usted marcharse tranquilo a descansar.

El aludido se estiró dignamente.

—Si usted lo dice...

Y se alejó, dando media vuelta.

CAPÍTULO V

No.

Duncan Crew no le había dicho a su jefe que la solución al grave problema era sencilla.

Sencillamente criminal.

¿Qué podía esperarse de un profesional del homicidio?

Matar a Weldon Craddock.

Muerto el comandante, *Spider* y el Vietcong se quedaban sin el «instrumento» que esgrimiría en contra de Shuttler.

Mudo Weldon, ¿quién podía demostrar que un muchacho llamado Ben era hijo de éste y Karen?

Muerto el comandante, todo habría muerto. La historia de Los Angeles en julio de 1957, el retorcido programa de la «Araña» para proporcionarle al Vietcong el «TRC-102».

No.

Crew no quería esa solución, mejor dicho, sólo la aceptaría en caso de emergencia, porque estaba convencido, como le dijera a su jefe, que aquel plan estaba destinado a destruirle a él precisamente.

Además, aquel plan, había sacrificado ya una víctima inocente: Sisely Boghart.

Y eso no se saldaba matando a Craddock.

La muerte del comandante podía resolver el asunto, sí. Pero no vengar a la pobre Sisely.

Es posible que estuviera enamorado de ella alguna vez... puede.

Y eso, ¿qué?

La *Spider Espionage Organization*, habíase empeñado en seguir jugando sus peones en una nueva partida.

A muerte.

Momentáneamente, guardando bajo la manga el «as» fatídico de disponer el «fallecimiento» de Craddock, se imponía charlar con él

de una forma meramente profesional.

De todas formas, si en verdad el comandante —como suponía Shuttler— obraba coaccionado, ya se sabía de memoria las respuestas que obtendría a sus preguntas.

Salió del bar trompicanado contra la muchacha.

Varios paquetes fueron por el suelo y ella pronunció un:

—¡Oh!

—Lo siento, muñeca —se disculpó Duncan mientras se agachaba a recoger los paquetitos. Y al tiempo que los ponía en manos de ella, inquirió con una sonrisa—: ¿Tan de mañana van de compras en esta ciudad las mujercitas lindas?

Ella, componiendo un gesto de severidad con sus bonitas facciones, dijo:

—Es un truco muy gastado, moreno. El tropezón intencionado, los requiebros de rigor y: *¿Cenamos esta noche, preciosa?* Me lo han dicho más de cien veces en mi vida.

Duncan amplió la sonrisa.

—Lo encuentro perfectamente lógico. ¡Ah!, pero debes reconocer, en honor a la verdad, qué nunca te lo ha dicho un tipo como yo. ¿Cierto?

Ahora, soltó la muchacha una argentina y musical carcajada.

—Cierto. Uno tan fresco como tú, nunca.

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Scarlett Wallens. ¿Y tú?

Habían empezado a caminar uno junto al otro.

—Duncan Crew.

Scarlett era toda una monería con falda plisada por encima de las rodillas y blusa blanca alrededor de un busto firme, sin estridencias, pero armoniosamente redondeado.

—¡Eh, Duncan! ¿No serás un periodista?

Echó él la cabeza atrás fingiendo horror.

—¡Santo cielo! ¿Hago cara de «eso»?

Scarlett era bonita.

Con un cabello negro azulado peinado a la moda, muy alto por encima de su redonda cabecita; unos ojos de extraña tonalidad violeta, y una boquita de rojos y carnosos labios con la exacta medida para ser besados a discreción.

Volvió a reír, pero en silencio.

—Dadas las circunstancias, Duncan, recelo de todos los hombres que se acercan a mí.

Un tanto confuso, inquirió el federal:

—¿Las circunstancias?

Caminaba ella con un aire gracioso, juvenil, eufórico. Se detuvo en seco torciendo hacia él sus lindos ojos.

—Mi cuñado, mi hermana, yo... toda la familia, somos el postre apetecido por la Prensa en estos días.

—¿Y eso?

—¿No has oído hablar de Weldon Craddock?

Ni un solo músculo facial se alteró en la cara de Crew.

—Weldon Craddock... Weldon Craddock...

—¡Venga, hombre! —exclamó ella—. Si la nación entera habla de él. Weldon, además del marido de mi hermana, es comandante...

Un chispazo pareció encenderse en el cerebro de Duncan. Por eso la atajó:

—Comandante de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en el Vietnam que, recientemente, vivió una extraordinaria odisea al escapar de las garras del Vietcong cuan de su aparato...

—¡Te cacé! —exclamó ella con burlona sonrisa—. Duncan Crew, además de ser un farsante, eres periodista.

Sonrió el federal para sus adentros. Aquello era precisamente lo que buscaba.

—Pero... pero —fingió tartamudear—, ¡te juro que el tropezón ha sido de verdad casual! Yo no te conocía, Scarlett.

—¡Las cartas boca arriba, chupatinteros! ¿Qué pretendes?

Más que gracioso era cautivador el desenfado alegre y jovial con que se expresaba aquella chiquilla.

—¿Estás dispuesta a creerme?

Lo miró a los ojos.

—Parece que quieres ser sincero. Adelante.

Duncan se comportó ahora con una timidez que hubiera hecho soltar carcajadas a raudales en boca de quienes lo conocían.

—Soy un principiante, Scarlett. Además, el periódico para el que trabajo, apenas tiene dos meses de vida. Se llama Washington Herald, ¿sabes? Con un poco de suerte nos arrancaremos... ¿quieres que te confiese otra verdad?

—Sí.

El revoloteo de su falda plisada al compás del ágil movimiento de las bien formadas y bronceadas piernas de Scarlett, era un prodigio de musical armonía.

—Me han enviado a Baltimore para que consiga una entrevista en exclusiva con tu cuñado.

—¡Oh, Duncan! Si ya han venido diez antes que tú.

—¿Por qué no me ayudas, Scarlett? Quizá con tu colaboración, Weldon me explique algo nuevo, algo que no contó a los otros.

—¡Imposible! Ha relatado la odisea más de veinte veces sin diferir ni en puntos ni en comas de la primera.

—¿Como si la tuviese estudiada?

—¡Eres un chico listo, Duncan! Eso mismo he pensado yo.

Mientras conversaban, habíanse alejado del centro de la ciudad.

—De todas formas, ¿me ayudarás para que pueda entrevistarlos, Scarlett?

Sonrió la bella muchacha.

—Has conseguido dos cosas, Duncan. Pasear conmigo después del tropezón... y caerme simpático. Me gustaría conocerte mejor... ¡oye!, ¿por qué no vienes a cenar con nosotros esta noche?

Duncan pareció dudar.

—¿Crees... que será prudente?

—¡Por supuesto! Eres un amigo mío. ¿O no?

—Soy un admirador de tu belleza, Scarlett.

Torció ella la boquita.

—No. Sin galanteos. Somos amigos simplemente. ¿Vienes a cenar?

—De acuerdo. ¿La dirección?

—Madison Street, 652. ¿A las nueve?

—Seré puntual.

Como ella seguía sosteniendo los paquetes entre sus dos manos, Duncan no tuvo más que sujetarla por los hombros, inclinarse y besarla.

—Lo quieras o no —añadió tras el ósculo—, eres adorable. Y no será ésta la última vez que te bese.

No hubo enfado en ella. Sí una prometedora sonrisa en su rostro.

Duncan la vio alejarse contoneando deliciosamente sus caderas, rompiendo la armonía de su figura cadenciosa por medio de la breve cintura.

Sí, de veras era un encanto de mujer.

Y el destino, un fabuloso «fabricante» de tropezones.

North Dade Street.

Una de las calles de los barrios más sucios y míseros de Baltimore.

En aquella ciudad se decía que sólo vivían millonarios y gente más o menos adinerada... pero también tenía su Harlem en miniatura.

Lo que en muchos lugares llaman «Barrio Chino».

Y no por los chinos que en él habitan precisamente.

North Dade Street, 17.

Una porquería en «fa mayor sostenido».

Love sweet. Dulce amor.

La gente se lo traga todo. Todo, todito, todo.

El plantel de «funcionarias» prestas a entrar en «acción» estaba de acuerdo con la porquería en pentagrama.

La primera, una rubia platino que por arriba se le desbocaba lo que tenía de sobra, y por abajo lo que tenía que enseñar, le salió al encuentro.

—Todo un tipo, chaval. ¿Eres nuevo por estos barrios?

—Como un lactante de dos meses. ¿Qué se te ofrece, rica?

—Lo que tú me des.

—Voy flojo de «pasta», hermana. Otro día será.

Sonrió ella provocativa y desbocadamente.

—¿Te «rajas»?

—Tómalo como quieras... si trabajas gratis, es harina del costal del vecino.

Se le acercó opresivamente.

—En tu caso... tendría que pensarlo, muñeco.

—Mientras te devanas el «cacumen», me tomo un tercio de *whisky*. La «vaca» no da para uno de entero.

—Yo te invito.

—Eso está feo, chata. No tengo talla de aprovechado. ¡Hasta luego!

La apartó con cierta violencia encaminándose hacia la barra.

—¡Tú, pimpollo! —le gritó al camarero—. Quiero ver a Laura.

El barman, fulano de finos labios y pequeños ojos lascivos, lo midió de abajo arriba.

—Está ocupada.

—No sufras, rico. Verás qué pronto la «desocupo».

Y echó a caminar hacia la puertecilla que se veía en el fondo del antro, a la derecha, medio metro antes del tablado.

El camarero salió corriendo por el otro extremo del mostrador para cruzarse en su decidido trayecto.

—Te he dicho que está ocupada, fresco.

Y sin más palabras, tiró de navaja.

Por medio de un resorte, la pulida hoja de acero salía disparada hacia delante.

—¡Da un paso y te «chino» la cara!

Duncan Crew, sonrió.

—Lo siento, imbécil.

Hizo un amago de irse hacia delante. Picó el de la navaja, haciendo zigzaguar la hoja.

No encontró el cuerpo de Crew.

El hombre del

F. B. I.,

tras el amago, en inverosímil escorzo, habíase situado a espaldas del *barman*.

Lo cazó en una elemental presa, pasándole los brazos por debajo de los suyos y apretándole la nuca con la palma de las manos.

Trató el tipo de largarle un taconazo al bajo vientre.

Cosa que Duncan tenía prevista.

Lo soltó al tiempo que le hacía girar. Un trallazo con el filo de la zurda bajo el pabellón nasal terminó con la resistencia del fulano.

Cayó a tierra como un rayo. Sin soltar un quejido.

Aquel golpe, aplicado con más fuerza, era mortal de necesidad.

Sin más obstáculos, Duncan alcanzó la puertecilla del fondo.

Al otro lado, un pasillo estrecho y lóbrego.

Una que salía de un reservado le pidió por favor que le abrochara no sé qué.

Cumplido el favor, dijo ella:

—¿Entramos? Tendrás la molestia de repetir la operación al revés... pero con gratas compensaciones.

—¡Que te «zurzan», rica!

Siguió pasillo adelante.

Ultima puerta de la izquierda.

Dio un patadón.

No es muy académico, desde luego, pero queda abierta del todo.

Los hombres como Duncan tenían el deber de ser dúctiles, flexibles y maleables.

Dicho de otra forma: La obligación de saber adaptarse a todos los ambientes.

De no ser así, su vida valía aproximadamente lo que medio rábano.

¡Menudo numerito!

De importación seguramente.

—¡Tú, «Marco Antonio», larga «estachas»!

El chico guapo se arregló los desordenados cabellos rubios.

—¿Quién es este tipo, Laura?

Ella se estaba poniendo algo para cubrirse.

—Es... es un viejo conocido.

—Qué «apolo», ¿te largas o te echo?

Cuadró los hombros el interrumpido y ofendido.

—Piano, matón de vía estrecha. ¿Quién te has creído que eres?

Duncan miró a la mujer, que ya se había puesto algo.

—¿Se lo digo, Laura? —interrogó burlón.

Ella, nerviosa, se mordió un labio y otro.

—Será mejor que te marches, Keith.

El tipo, todo dignidad y con ganas de largarse porque se la veía venir, dijo:

—Porque tú me lo pides, preciosa. ¡Volveré mañana!

Procuró pasar lo más lejos posible de Duncan mientras terminaba de hacerse el nudo de la corbata.

Salió, cerrando con suavidad.

—Estás perdiendo tus buenas maneras, Duncan.

—Nunca las he tenido, princesa.

Se tendió ella sobre el diván tapizado en tigre.

Boca arriba, doblada una pierna por la rodilla, la otra cruzada encima, oscilando el pie lentamente. De la túnica azul claro emergían las piernas desnudas, esbeltas, delicadamente curvadas.

Lo miró a él con una sonrisa.

De esas sonrisas que tienen picardía.

—Mucho tiempo sin venir por aquí, Duncan.

—Con los años, uno se hace exigente, beldad.

Los ojos grandes, negros, oblicuos, de Laura, chispearon. Sus formas túrgidas oscilaron bajo la túnica.

—¿Es una grosería?

—No diría tanto... pero tampoco una alabanza.

—¿Un *whisky*, Duncan?

—Considera que estoy de servicio, generosa. Sólo tomo leche de almendras. ¿Qué me cuentas de la «Araña»?

Laura parpadeó con un asombro que muy bien podía pasar por legítimo.

—¿La «Araña»? —repitió con sorpresa.

Se acercó Duncan apartando las piernas de ella para hacerse sitio en el diván.

—Tengo poco tiempo, ¿sabes? Tú estás al corriente de todas las marrullerías y marranadas que pasan en esta bonita ciudad. No ignoras que existe una red llamada *Spider Espionage Organization*... pero ese grupo, como dice su nombre, se dedica al espionaje. Por lo tanto, si tienen que hacer algún trabajo sucio, recurren a *killers* profesionales. ¿Me sigues? La SEO, la «Araña», llámala como te de la gana, tiene preparada una hermosa guarrada en esta ciudad si cierto individuo no hace lo que le han pedido. El hombre se llama Weldon Craddock; la faena, matar a su familia. ¿Quién le ha prestado sus *killers* a la «Araña» para vigilar a los Craddock y liquidarlos si es preciso?

El rostro de la mujer no reflejó ahora ninguna emoción.

—Eres el primero que me cuenta esa historia.

—Correcto. Ya te he dicho que no dispongo de mucho tiempo.

—No sé nada de ese asunto, Duncan.

—Más correcto.

Hizo como que se levantaba del diván.

Pero le arreó un par de bofetadas en mitad del hermoso rostro y la cabeza fue de un lado a otro como una peonza.

—¡Canalla!

Sonrió burlón.

—Es la leche de almendras, princesa. Da mucha fuerza. Cuando termine contigo, te dará vergüenza mirarte en un espejo. Tienes treinta segundos para empezar a entonar el «*mea culpa*».

Se llevó ambas manos al rostro.

Lloraba silenciosamente. A falta de pañuelo hubo de limpiarse

con el borde de la túnica.

O sea que...

—Sin exhibiciones, guapa. He obtenido el primer puesto con cuatro puntos de ventaja sobre el inmediato clasificado en el torneo de «Misóginos Recalcitrantes».

¿Quién está al servicio de la «Araña» con su plantilla de asesinos?

—¡No puedo hablar! —sollozó.

—Y eso... ¿por qué?

Laura quitó sus manos del rostro.

—Hay oídos en mi local, Duncan. Ellos saben lo que yo sé. Una rubia, amiga de Jacob Larson, se deja caer a diario por aquí. Quiere hacerse pasar por una de tantas... pero yo imagino por qué viene.

—¡Ah!, se trata del «racket» de Larson, ¿eh?

—No he dicho eso. Sólo he hablado de una mujer...

Duncan sonrió mientras buscaba en el bolsillo exterior de su chaqueta el paquete de cigarrillos.

Sus dedos tropezaron con algo que no recordaba haber dejado allí.

Un papel doblado.

Sin escuchar lo que Laura seguía diciendo, desdobló la hoja, leyendo:

Recibimos su mensaje, Crew. Olga Luchsinger era una excelente colaboradora. Sus esperanzas de enfrentarse de nuevo con nosotros no se han visto defraudadas, ¿cierto? Pero esta vez, la partida es jaque mate desde la primera jugada. Y usted, asesino del organismo que va a perder la partida, retírese a tiempo. Eche su rey sobre el tablero... antes de que tiremos su cadáver al Atlántico.

Afectuosamente le saluda, «La Araña».

Y por debajo de las letras, habíase reproducido fielmente la imagen de un arácnido.

Laura, al darse cuenta de que no la escuchaba, inquirió:

—¿Qué sucede? ¿Qué dice ese papel?

Guardándolo en el bolsillo, sonrió Duncan burlonamente.

—¡Oh, nada! Hace tiempo le escribí a una pitonisa que aseguraba adivinar el porvenir por correspondencia.

Me ha contestado. No sé qué dice de mi cadáver en el Atlántico.

El cerebro de Crew, ajeno a las ironías que pronunciaban sus labios, trabajaba febrilmente.

No. Scarlett no podía haber puesto aquella nota en su bolsillo. Llevaba ambas manos ocupadas.

Entonces... ¡ya estaba!

—¿Cómo has dicho que se llama esa rubia platino que el bueno de Jacob Larson emplea de «Mata-Hari»?

—No he dicho que fuera rubia platino... ¿cómo sabes que es platino?

—Asociación de ideas. La pitonisa, con muy buen criterio, había supuesto que estando en Baltimore te haría una visita. La rubia platino me esperaba en su nombre para colocarme la «buenaventura» en el bolsillo.

Laura saltó del sofá.

—¿Te ha interpelado Vicky al entrar?

Duncan hizo un gesto significativo.

—Depende del concepto que tú tengas de la palabra interpelar. Yo, diría mejor que me ha palpado bastante. Pero con un fin determinado... ¿sabes una cosa, princesa?

—No.

—Gracias a esta cartita creo en tu historia de la rubia y Jacob Larson. ¿Dónde me has informado que tiene Vicky su hogar?

—Spring Avenue, 46.

—Correcto, princesa. Si te matan, ten la seguridad de que enviaré una frondosa corona de flores. ¿Con o sin azahar?

—¡Muérete, bastardo!

Se largó.

Dando un portazo tan violento como al entrar.

El barman se hizo el distraído cuando lo vio salir. Hasta pareció que se acurrucaba bajo el mostrador.

De la rubia Vicky ni rastro.

No corría prisa. Duncan no pensaba actuar hasta después de haber hablado con Craddock, en su flamante papel de periodista del

Washington Herald.

Luego, echaría unas parrafadas con Vicky y su amiguito Jacob.

Quizá, según rodaran las cosas, no tendría que visitar la «STORNE NATIONAL MOTORS».

Tiempo para ver, tiempo para ver...

Edward Crommwell era un tipo de algo más de un metro de altura, de ojos ratoniles, dientes amarillentos, tez cetrina y pinta de doctorado en ciencias puercas.

Lo que el diccionario define textualmente con la palabra CERDO.

—¿Qué tal, «tío» Ed?

Ed se quedó de piedra.

Duncan Crew, cinco años atrás, estando entonces en la *Narcotic Squad* (Brigada de Narcóticos), había «colocado» a «tío» Ed por hallarse involucrado en un asunto de tráfico de estupefacientes.

—Bien... —graznó—, muy bien, señor Crew.

—Veo que no has olvidado mi nombre, marrano.

El diminuto tipo con ojos de ratón sonrió torcidamente.

—Es que... uno nunca olvida a los amigos.

Duncan soltó una carcajada burlona.

—No seas adulator, «tío» Ed. ¿Cómo marchan los negocios?

—¡Se lo juro! ¡Me he regenerado!

—¡Oh, sí!, por supuesto que sí. Te creo, Ed. Te creo.

—¿Puedo servirle en algo, señor Crew?

Fingió meditar el federal.

—Pues... me parece que sí.

—¿De qué se trata?

—¡Bah!, nada de importancia. Necesitaría una cantidad respetable de pentotal sódico... ¿Conoces eso, verdad?

Se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Yo no...!

—¿Quieres de nuevo ir al «hotel»?

—¡No! ¡Eso no!

—Entonces, «tío» Ed, si no quieres que el Tío Sam te prepare traje y estancia gratuitos, proporcióname tú a mí el pentotal sódico, «suero de la verdad», antes de diez minutos... que es el tiempo que necesito para recoger pruebas suficientes para «trincharte». ¿Me explico?

El ratonil Crommwell trató de oponer una débil resistencia.

—Eso es un delito y...

—Y deja de serlo cuando se le entrega a un agente federal que, como tú no ignoras, va a emplearlo en fines poco menos que benéficos. ¡Bueno! ¿Viene ese pentotal, o qué?

Ed, asintió doce veces por lo menos, al tiempo que corría hacia la trastienda murmurando:

—Ahora mismo, enseguida... no tardo ni dos minutos señor Crew.

—¡Eh, «tío»! Quiero también una jeringuilla y una hipodérmica.

Scarlett Wallens estaba verdaderamente deliciosa. Quizá radicaba el secreto de su encanto en la sencillez con que se había vestido para la cena.

Un jersey y unos pantalones azul eléctrico.

No abusaba de ceñir las prendas a su cuerpo de forma estridente, pero aun así, la armonía escultural de sus curvas resaltaba con juvenil y llamativa viveza.

El señor Crew, del *Washington Herald*, fue cordialmente recibido en la casa del comandante Craddock.

Y aquel par de encantadores muñecos que se llamaban Mark y Doris, le invitaron a compartir sus juegos.

Mark, hasta le hizo ponerse una gorra de fogonero para jugar con su tren eléctrico.

Terminada la cena, Betty, la esposa de Craddock, luego de indicarles a sus retoños que se despidieran del señor Crew como debía hacerse, los acompañó a sus habitaciones en el piso superior.

El simpático Mark, desde lo alto de la escalera, gritó con su voz chillona:

—¡Señor Crew!, ¿vendrá mañana a jugar con mi tren?

Duncan se limpió los labios con la servilleta.

—¡Naturalmente, Mark! ¿O acaso crees poder encontrar otro fogonero mejor que yo?

Weldon Craddock sonrió forzosamente. Scarlett lo hizo con su habitual jovialidad.

Empezó a retirar los platos con femeninos ademanes, diciendo:

—Enseguida os sirvo el café. ¡Ah!, ¿prefieres que lo haga en tu despacho, Weldon? Lo digo por si queréis hablar...

El comandante se puso en pie.

—Sí, Scarlett. Me imagino que el señor Crew necesitará silencio

y sosiego para ir preparando su reportaje.

Duncan inclinó la cabeza.

—¡Oh, no! Por mí no debe usted molestarse, comandante.

El aludido, alto, fornido, de facciones correctas, bien parecido y de expresión afable, negó rotundamente.

—No es molestia, señor Crew. Se lo aseguro. He tenido que atender a tantos periodistas en pocas horas... —miró a su cuñada con cierta picardía—, además, tratándose de un amigo de Scarlett... ella tiene razón, estaremos más cómodos en mi despacho.

En efecto.

Era una estancia amueblada con sencillez. Pero se respiraba en ella ese ambiente agradable que convierte cuatro paredes en un lugar acogedor y hogareño.

Cuatro manos femeninas en una casa... ¡tenían que notarse por fuerza!

Luego de que Scarlett les hubo entrado una bandeja con dos humeantes tazas de café y mientras lo sorbían, Crew se dispuso a iniciar la conversación.

Dejó su taza, una vez apurada, sobre la bandeja.

Miró fijamente a Craddock. Les separaba la exigua distancia de una, mesa ratona.

De repente, siguiendo el plan que se había trazado de antemano, soltó con cierta brusquedad:

—Ni soy periodista, ni existe el periódico para el que he dicho trabajar, comandante.

Buscó en el rostro de Craddock la lógica sorpresa que aquella frase tenía que haberle producido, pero no encontró señal alguna de asombro.

—Lo suponía —dijo el militar con lentitud—. ¿Servicio de Inteligencia?

Como las cartas ya estaban sobre la mesa, Duncan negó con la cabeza.

—*Departamento de Defensa del Federal Bureau of Investigation.*

—

F. B. I.

Es la primera vez que comparto unas palabras con un miembro de ese organismo. Y bien, Crew, aunque debiera reprocharle el hecho de abusar de la ingenuidad de Scarlett...

—Los *traidores*, comandante —le atajó Duncan en tono drástico —, son los menos indicados para reprochar la conducta de quienes sirven a la ley y la patria.

Se congestionó el rostro de Craddock.

—¡Me está insultando!

Duncan, de una forma profesional, sin matiz, y en tono frío, repuso:

—No levante la voz, comandante. Las señoras pueden alarmarse, y para ellas, no lo olvide, esto es una entrevista de Prensa. ¿O prefiere que su esposa Betty se entere de la existencia de un muchacho llamado... Ben?

Craddock, estaba ahora pálido como un muerto. Vino a su memoria la imagen del vietnamita que había empleado contra él los mismos argumentos, pero de modo distinto.

El pasado, como tantas veces leñera en libros y novelas, se volvía contra un ser convirtiéndolo en juguete, en esclavo.

—¿Qué pretende...?

—Simplemente, ayudarle. Y para eso, necesito que usted colabore. Tengo la convicción de que usted se encuentra frente a un dilema terrible de muy difícil solución, estoy seguro de que usted no es traidor por su voluntad.

—¡Sí! Eso es cierto. Jamás he sido traidor. Pero ahora... ¡créame, lo siento, no puedo colaborar!

Duncan inspiró profundamente.

—Comprendo. Le han amenazado con matar a su esposa e hijos. Yo puedo evitar que eso suceda y que usted se convierta en un traidor... pero tiene usted que confiar en mí.

Craddock negó obstinadamente.

—No puedo, Crew. ¡No puedo!

Duncan, ominoso, glacial el acento, desgranó:

—Comandante Craddock, no me obligue a recurrir a una luctuosa solución de emergencia.

—¿Qué quiere decir?

—Que si es preciso... *lo mataré*. Muerto usted no habrá forma humana de demostrar que Ben es hijo de Karen y suyo. Tampoco el Vietcong tendrá medios de obtener el microfilm del «TRC-102».

Es una solución simple, comandante. Estoy especializado en matar.

Sólo quedan cuatro días, ¿qué decide?

Craddock pensó en el par de menudencias que dormían tranquilamente en el piso superior. Pensó en la amorosa Betty cuidando que aquel sueño no se turbase.

—¡No puedo! —Tralló.

Duncan se puso en pie.

—De acuerdo. Usted sabrá lo que hace.

Pareció que giraba sobre sí mismo para salir de la estancia.

Entonces, bruscamente, se lanzó hacia delante golpeando con el canto de la zurda el cuello de Craddock.

Sin un gemido, se desplomó de la silla hasta quedar inmóvil encima de la fresca alfombra.

Duncan se movió a partir de aquel momento con actividad febril.

De un estuche extrajo la hipodérmica junto con la jeringuilla. Luego, una ampolla, cuyo cuello de cristal partido con una sierra diminuta.

Procedió de inmediato a inyectar el pentotal sódico.

Esperó unos minutos.

Oportunamente inició el interrogatorio. La mente de Craddock, sometida a los efectos de la droga, sin voluntad ni predisposición, envió por medio de los labios respuestas sinceras y concretas a las preguntas de Crew.

Así se impuso Duncan de lo sucedido en Dong Hói, luego de que una de las turbinas del reactor que pilotaba Weldon, al fallar, le obligara a un aterrizaje forzoso.

Se disponía a administrarle otra intravenosa para devolverlo a la realidad, cuando la puerta del despacho se abrió repentinamente y apareció Scarlett.

Con su jersey *beige* y el pantalón azul eléctrico.

—¡Duncan! —exclamó, llevándose ambas manos a la garganta—. ¿Qué ha sucedido...? ¿Por qué estás inyectándole?

Crew, sin inmutarse, acabó de introducir el líquido en la vena. Luego se puso en pie, mirando a la muchacha.

—Pequeña... musitó —te he mentido. Pero ahora, puesto que es inevitable, te confiaré algo que no debiera mencionar siquiera.

Ella, desorbitados sus hermosos ojos violeta, no daba crédito a la insólita, a la singular escena que estaba contemplando.

—¡Eres... eres...! ¡Avisaré a la policía ahora mismo!

Duncan dio un paso hacia ella.

—No lo hagas, Scarlett. La policía soy yo mismo.

Y antes de que ella tuviese tiempo de agregar una palabra, o de huir como pretendía, el federal la tomó por un brazo arrastrándola férreamente hacia el interior de la estancia.

La obligó a sentarse en la silla que él había ocupado.

Seguidamente le mostró sus credenciales.

—¡Un agente del

F. B. I.!

—exclamó atónita—. Pero... ¿por qué, Duncan, por qué?

Crew, se inclinó hacia ella.

Estaba deseando besar su boca.

Y, gratamente sorprendido, dióse cuenta de que Scarlett no se limitaba a recibir la caricia.

Correspondía con apasionada vehemencia.

—¡Duncan, cariño! —estalló, mirando al agente con elocuente brillo en sus ojos—. ¿Qué sucede?

—Mereces que confíe en ti, Scarlett.

Y lo hizo.

Desde el principio, pasando por el casual incidente que había cruzado sus vidas, hasta narrar la confesión de su cuñado bajo los efectos del pentotal.

Cubrió su hermoso rostro con las manos.

—¡Es horrible! ¡Horrible!

—Escucha, muñeca —dijo él, sacudiéndola por los hombros—. Trato de evitar que Weldon se convierta en un traidor... y que cuatro personas se hundan en la desgracia por el resto de sus vidas. Está en juego un secreto militar y la felicidad de cuatro seres inocentes. Conoces a dos de ellos: Weldon y tu hermana. Creo innecesario aconsejarte absoluto y eterno silencio. ¿Quieres ayudarme, Scarlett?

De nuevo la mujer jovial, y graciosa con quien había tropezado al salir de un bar, vivió en el rostro de ella.

—¡Sí! Te ayudaré, Duncan.

Weldon Craddock empezaba a reaccionar.

—No se acordará de nada. Déjame que hable yo. ¿Dónde está tu hermana?

—Se ha retirado a descansar.

—Mejor así.

Duncan se arrodilló junto a Weldon ayudándolo a incorporarse. Lo sentó en la silla de la que había caído al recibir el golpe en el cuello.

—¿Cómo se siente, comandante?

—No sé... —murmuró— ¿qué ha ocurrido?

Se mesaba los cabellos. Se frotaba las sienes. Miraba de un lugar a otro de la estancia con inquietud.

—Sin duda —intervino Duncan—, no se encuentra usted del todo recuperado de sus heridas. Ha sufrido un pequeño mareo mientras hablábamos...

Weldon Craddock brincó de la silla.

—¡Ya recuerdo! Usted me ha dicho que...

Al darse cuenta de la presencia de Scarlett enmudeció.

—Sí —agregó el propio Crew—. Le he dicho que era un agente del F.B.I.. Puede hablar con entera libertad, comandante. Su cuñada está al corriente de todo. Es Betty la única que debe permanecer ignorante... por su propio bien, el de usted y el de los niños. ¿Sigue empeñado en no colaborar?

Craddock hundióse de nuevo en la silla. Desesperado.

—Por favor... —musitó— ¿quieren dejarme solo? Necesito pensar... preciso hablar conmigo mismo...

Duncan sintió pena de él.

—Vamos, Scarlett.

Salieron del despacho.

Fuera, ella preguntó:

—¿De veras no se acuerda de nada de lo que te ha hecho?

—En absoluto. El pentotal sódico, o «suero de la verdad» como se le llama, es una droga de efectos sorprendentes. Tiene las propiedades del narcomenol activadas por otras sustancias químicas. Pero en fin, eso no importa. Siento haber tenido que recurrir a este procedimiento, lo mismo que lamento haberte mentido... lo digo de veras, Scarlett.

—Te creo, Duncan. Desde el momento que tropezamos y te miré a los ojos, algo en ti me inspiró confianza, sin imaginar ni remotamente quién eras...

—¡Ni yo pensaba que tú fueras precisamente el «ábrete sésamo»

para llegar hasta Craddock con libertad! ¿Me perdonas?

Se empujó sobre la puntera de las zapatillas para alcanzar con los suyos los labios del hombre.

—Cuando una mujer empieza a enamorarse de un desconocido con el que ha tropezado pocas horas atrás... es capaz de perdonar todo lo pasado. Duncan...

—¿Sí, Scarlett?

Ella, estirando el jersey y arreglándolo sobre su cintura de mimbre, digo bajando los ojos:

—Nunca me ha interesado ningún hombre. ¿Por qué me sucede esto contigo?

Crew la tomó por los hombros con suavidad.

Y antes de besarla, pensó en las palabras que una dulce mujercita de cabellos pelirrojos y rostro pecoso, había pronunciado en una granja de Dayton:

—*«Estás falto de algo, Duncan. Como todos los hombres necesitas de esa segunda mujer que se llama esposa».*

¿Tenía razón su hermana Jane?

La respuesta, se hallaba en aquel beso lleno de ternura y amor que le ofrecían los jugosos labios de Scarlett.

—Quizá... —musitó él con una sonrisa—, porque nunca habías tropezado con uno tan fresco como yo, ¿no dijiste tú esa frase?

—Puede, Duncan, puede. Pero no importa lo que seas sí me gustas.

—Me has pedido que te ayudara, ¿no?

—Sí. Creo haber dicho eso.

—¿Qué debo hacer, Duncan?

—Pronto lo sabrás.

—¿Qué ocurrirá con Weldon, cariño?

Crew pareció meditar la respuesta.

—Pondré todo mi empeño en salvarle de la difícil situación en que se encuentra. Estoy jugando una partida de ajedrez que ha empezado con jaque mate...

—No te entiendo, Duncan.

—¡Bah!, olvídalo. Ni yo mismo me comprendo a veces. ¿Estás dispuesta?

Volvió a estirar su jersey.

—Dispuesta a jugar a tu lado esa partida, amor.

El del F.B.I, consultó su reloj.

—Las doce y veinte. Ha empezado un nuevo día. Cuatro nada más... ¡vamos, Scarlett!

Salieron de la casa.

CAPÍTULO VI

BALTIMORE, 12 DE FEBRERO DE 1967

Spring Avenue, 46.

Jacob Larson no tenía mal instalada a su amiguita, aunque la empleara luego en papeles poco elegantes.

Claro que a Vicky, el papel no le sentaba del todo mal.

Por lo visto, la escalera permanecía abierta noche y día. Más de uno y una debían recibir visitas a horas anómalas.

Había mucho sinvergüenza disfrazado de caballero.

—Adelante —dijo Duncan a Scarlett—, nos han dejado la puerta libre.

Por los buzones adosados a ambas paredes del vestíbulo se enteró el federal de cuál era el número que ocupaba la atribulada Vicky.

Cuarto. Pasillo Uno. Apartamento C.

—Toma, pequeña —del bolsillo trasero del pantalón extrajo una automática de pequeño calibre y culata muy plana. Le quitó el seguro al tiempo que tiraba de la corredera—. Si te encuentras apurada no tienes más que apretar el gatillo. Te quedarás en ese recodo del pasillo. Ahí, en la oscuridad, nadie puede sorprenderte por la espalda ni te ven los que suben por la escalera. Tú, si les ves a ellos. Si alguien se dirige al apartamento C, bastará con que oprimas el encendido de este mechero. Yo, llevo encima otro igual. Cuando tú hagas funcionar el tuyo, sonará un timbre en el mío. Así sabré que llega alguien, ¿de acuerdo?

Afirmó ella con su cabecita.

—De acuerdo.

—¿Tienes miedo?

—En absoluto.

—Eres una mujercita muy valerosa.

La besó fugazmente en los labios.

Frente a la puerta c hizo servir su juego de llaves maestras y forzó, la hoja de madera sin producir un chasquido.

Se coló en el piso cerrando tras sí con el mismo sigilo que había abierto.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Bonito vestíbulo.

Una hermosa luna de marco curvilíneo.

Cuadros. Una consola. Un par de pequeñas butacas.

Luego el lavabo.

La cocina.

El «*living*».

El dormitorio.

Empujó la puerta, ya entreabierta, extrañándose de no percibir la respiración de la durmiente.

¿Estaría aún de «servicio» en «Love Sweet»?

Sin manías.

Encendió la luz.

Todo en el orden desordenado que las damas saben conservar en sus habitaciones.

Un par de medias encima de la cama.

Y otras cosas.

Pero de la Vicky, ni rastro.

Huellas evidentes de su presencia por la casa, muchas. Las medias y lo otro. El perfume embriagador que llenaba el ambiente.

Unas zapatillas de alto tacón.

Las peculiaridades propias de los tocadores.

Viaje en vano.

—¿Buscas algo, chaval?

Su voz.

Su vulgar expresión.

Ella.

Vicky.

Giró sobre sí mismo.

En efecto.

Vicky.

La rubia platino. Sin desbocamientos. Sin faldas cortas. No era necesario de todas formas. El *negligée* de *nylon* era todo un panorama.

Más elocuente era la duplicidad de tipos que estaban a derecha e izquierda de la insultante rubia platino.

Por dos ejemplares de aquéllos, el zoológico hubiese pagado una millonada.

A plazos de ser preciso.

—¡Oh! —sonrió el federal—. Buscar, lo que se dice buscar... no. He venido a traer.

Los lascivos labios de ella se entreabrieron burlonamente.

—¿Traer...? ¿Qué, pimpollo?

Duncan buscó la nota que conservaba.

—Esto —dijo mostrándosela a ella—. Se te ha caído sin querer en mi bolsillo. ¿No recuerdas? En «Love Sweet».

—¿Nos hemos visto allí, cielo?

—Puntualiza. Te me has echado encima como una leona. ¿Te mandó Jacob Larson que estuviese allí? ¿Te dio la nota? ¿Cómo sabías que era yo?

Sonriendo irónica, segura, triunfante, dijo:

—Busca en el primer cajón de mi tocador, moreno.

Obedeció.

La fotografía estaba encima de la ropa.

Duncan, avezado en toda clase de lides, pocas veces se sorprendía de verdad aunque en ocasiones lo fingiera.

Ahora se ahorró el fingir.

¡En la fotografía estaban él y Burton Shuttler!

Sin duda, la habían tomado la noche en que el jefe estuviera hablándole de la difícil situación en que se encontraba.

¡Ya! Ahora comprendía. Por eso había tropezado con Chester Husing al salir del despacho.

Escuchando, tomando fotos... ¡el traidor en su propia casa!

Y Shuttler, sin enterarse.

¡Qué fácil! Ya tenía al jefe de la *Spider*...

—¿Sorprendido? —inquirió Vicky—. Ya sabes ahora cómo te he reconocido. Ver esa foto, Duncan Crew, ha sido hacerte firmar tu propia sentencia de muerte. La «Araña» te advirtió en la nota. Esta

vez te toca perder, encanto.

El par de gorilas estaban más quietos que los muertos.

Tiesos.

—¡Vaya! —Duncan trataba de ganar tiempo—. Así que el amigo Larson se dedica al espionaje también, ¿eh?

—Hay que vivir, chaval. Quien paga manda... y se paga bien, calcula.

—¿Es Chester Hussing el que paga?

Ella se encogió de hombros.

—Eso lo sabe Jacob, y como a él no lo vas a ver... muchos saludos a Satanás de mi parte, querido —miró por el rabillo de los ojos al par de matones. Exclamó:

—¡Julius!, ¡Loftus!, ¡os lo cedo! Todo para vosotros.

Y ella se hizo atrás, dispuesta a contemplar con una sádica sonrisa en su boca, cómo el par de simios destrozaban al agente.

Duncan Crew, también sonrió.

Fría, glacial, hierática... fue su sonrisa. Un brillo peligroso destellaba desde el fondo de sus grises pupilas.

Por unas horas, había olvidado la clase de hombre que era.

Los gorilas se lo estaban recordando.

—Ja, ja, ja —graznó el tal Julius—. ¿Crees que nos durará dos minutos, Loftus?

—Lo dudo, paisano.

La sonrisa seguía, como esculpida a cincel, en labios del agente.

Como por ensalmo, un par de afiladas hojas de acero habían nacido en manos de los asesinos.

En aquel país, quien más quien menos «tiraba» de navaja como de mechero.

Empezaron a caminar hacia él.

Formando un reducido semicírculo.

Mostrando por delante el agudo filo de las pulidas y brillantes hojas de acero.

Sonriendo siniestramente.

Hablando en el silencio de lo mucho que iban a deleitarse rasgando sus carnes poco a poco.

—¿Cómo debe tener la sangre, Julius?

Soltó el orangután una risotada.

—¿Tienen sangre los del F.B.I.?

Los tenía a dos yardas.

El momento de que Duncan Crew actuara tal como le habían preparado para hacerlo, estaba llegando.

Una yarda.

Descargó entonces dos violentos taconazos contra el suelo.

De los tres botones de su chaqueta brotaron al unísono un trío de llamaradas azules que se convirtieron en una sola.

Como el fogonazo de un inmenso *flash*.

La estancia se pobló de un humo blanco, espeso, que cobró densidad por segundos, formando ante Duncan una especie de impenetrable cortina.

Percibió las toses secas, espasmódicas.

Saltó entonces por entre la cortina, calculando con exactitud la posición de uno de sus enemigos.

Sin concesiones.

De entrada, un impresionante rodillazo en el bajo vientre.

Trató de alzarse, entre toses y ronquidos, enarbolando el cuchillo.

Duncan le «cazó» la muñeca en férrea presa. La hizo girar hacia el cuerpo que la poseía.

Empujó.

Fuerte.

—¡Aaaaah!

Espeluznante. Enervante.

Se había clavado su propia navaja.

El otro trataba de huir en el instante que empezaba a desvanecerse la cortina de humo.

Se tiró en plancha rodeándole la cintura con ambos brazos y oprimiendo con igual fuerza que lo hubieran hecho unas tenazas.

—¡Maldic...!

Tosió.

Duncan, que se había pasado muchas horas desenvolviéndose en humaredas de aquella especie, actuaba con toda libertad.

Consiguió que el gorila se doblara.

Entonces, con una agilidad sobrehumana, lo soltó, subió una de las manos, le pasó el antebrazo por debajo del cuello, empezó a oprimir.

Siguió apretando.

Después, lentamente, lo dejó ir.

Para que se desplomase de bruces en tierra. Hinchadas las venas del cuello, amoratado el rostro, asomando la lengua por entre los labios.

Asfixiado.

Vicky, tosiendo y contorsionándose, estaba acurrucada en un ángulo del «*living*».

Se fue hacia ella.

La levantó violentamente tirando de la transparencia de *nylon*.

Una serie ininterrumpida de bofetadas, podían contarse cerca de la docena, la devolvieron a la realidad con las mejillas rojas como la grana.

—¡Hola, encanto! ¿Te encuentras mal, chavala? Disculpa si te he ensuciado un poco tu «nidito», pero se que los gorilas se ponían pesados, ¿sabes? ¿No te has fijado en el par de horribles cuchillos que empuñaban?

Estaba aterrorizada.

—No... no... me mates. Te diré lo que quieras.

Soltó Duncan una burlona y sonora carcajada.

—¡Pero qué buena chica eres, Vicky!

Dio ella un paso atrás, pero el agente la atrajo de nuevo tirando del nylon.

—Prepárate, monada. Voy a soltar las preguntas como rafagazos de metrallera. A la primera que no sigas mi ritmo contestando... ¡zas!, te la ganas.

Temblaba. Se veía por la transparencia.

—Sí... sí, lo que tú digas.

—¿Trabaja Jacob para la «Araña»?

—Sí.

—¿Por qué te mandó al «Love Sweet»?

—Le dijeron desde Washington, supongo que el jefe, que un individuo llamado Duncan Crew venía para investigar el asunto de Craddock. Enviaron la foto por avión para que te identificáramos. Le advirtieron a Jacob, que Laura había tenido relaciones contigo. Por eso estaba yo allí.

Lo que puede el miedo. Temblando y todo contestaba como una máquina sin perder el ritmo.

—¿Vigilan a Craddock los hombres de Jacob?

—Sí. Dos de ellos deben acompañarle al Vietnam para asegurarse de que entrega los planos de ese aparato secreto y para cobrar del Vietcong. Si él decide... o mejor dicho si esa fulana...

—Mide tus palabras, puerca. Querrás decir esa señora, ¿no? Del asunto ya estoy al corriente. Al grano. ¿Quién es el jefe de la *Spider Espionage Organization*?

Pareció desesperarse. Como tratando de dar a su respuesta el máximo acento de sinceridad.

—¡Te juro que lo ignoro! —exclamó—. Yo... como éstos — señaló los cadáveres de Julius y Loftus—, obedezco órdenes de Larson. Pero creo que ni él conoce al jefe.

—Me basta.

Duncan iniciaba la retirada cuando un zumbido intermitente llegó hasta sus oídos, procedente del bolsillo interior de la chaqueta en donde llevaba el encendedor.

¡Scarlett estaba enviando la señal!

Ante el asombro de Vicky, con febriles movimientos, Duncan retiró los cuerpos del par de gorilas hacia un rincón de la estancia de forma que no fueran visibles desde la puerta de entrada.

—¡Métete en tu cuarto! —le ordenó—. Como asomes el «morro» no lo cuentas, chavala.

Corrió a ocultarse.

Al cerrar la puerta, el federal le indicó que apagase la luz.

Se abrió la del fondo. El que entraba traía llave.

—¡Vicky...! ¡Vicky...! —oyó susurrar—. ¿Os habéis deshecho de él?

Al no obtener respuesta, el recién llegado caminó por el pasillo rumbo al «*living*».

—Entonces brilló la luz.

—¿Preguntas por mí, Jacob?

Duncan le había visto en otra ocasión. Entonces el «*racket*» de Larson estaba envuelto en un feo asunto de trata de blancas.

Gordo, adiposo, macilento, con una doble papada de grasa repugnante. Ojos mortecinos. Expresión libidinosa. Delgados y blancos los labios.

Un asco de tío.

Se había quedado muy rígido. Tanto como el par de cadáveres donde había clavado sus mortecinos ojos.

—Haz memoria, Jacob, ¿te suena... *«héroe convaleciente se ofrece para trabajos arriesgados»*? ¡Sí, hombre! Tú llamaste por teléfono a Weldon Craddock dándole órdenes para que se comunicase de igual forma con Karen Storne, exigiéndole la entrega del microfilm del «TRC-102»

descubierto por los ingenieros de la «Storne National Motors»... ¿de veras no lo recuerdas? Dos de tus hombres, de los que vigilan a Craddock y su familia, tienen que ir con él al Vietnam para asegurarse de que entrega el microfilm y para cobrar el precio puesto por la *Spider*... ¿tampoco te acuerdas de eso?

Jacob Larson, temblando como una tarrina de manteca, musitó sin convicción:

—No sé de lo que...

La frase se le quedó en la boca, y un diente garganta abajo, por obra y gracia del soberbio «castañazo» que Duncan le arreó en mitad de las fauces.

Trastabilló. Un hilo de sangre empezó a manar de nariz y boca, confundándose en uno solo.

—Tengo menos tiempo que paciencia, Jacob. ¿«Cantas» o te reviento...? Tú eliges.

Se limpió la sangre.

—Recibí treinta mil dólares y un sobre con instrucciones. También un número de teléfono al que sólo debía llamar en caso de emergencia —soltó de una tirada, sin dejar de temblar.

—Si usabas ese teléfono, ¿por quién preguntabas?

—La «Araña» simplemente. Pero sólo podía llamar en caso...

—Suelta el número, mangante.

—2, 6, 3, 4, 5, 8, 9.

—¿Quién es el jefe?

—¿No comprendes que lo ignoro? Se hubiera puesto en contacto conmigo personalmente en lugar de enviarme la carta y ese teléfono.

—Y mi foto también, ¿eh? Tú, Jacob, no tienes un pelo de imbécil. Por lo tanto, estoy seguro de que has hecho lo imposible por averiguar a quién pertenece ese número de teléfono. ¿A quién, Jacob?

—A nadie... ¡te lo juro! En ningún listín de Washington figura ese nombre. Ni como empresa ni como privado. No hay nombre. No

existe ese número.

—¿Cómo sabes que tiene que ser de Washington?

—Por el matasellos de la carta.

—Correcto. ¿Nombre de los tipos que tienes vigilando a los Craddock?

Sudaba. Copiosamente. De pánico y angustia.

—Stanley, Mirón, Elmer y Steve.

—Bien, tripas, bien. Esta vez se te va a caer el poco pelo que te queda. Alta traición. ¡Casi nada! Cámara de gas por todo lo alto, viejo. ¡Se acabó tu carrera de hampón!

La puerta de la habitación de Vicky se estaba abriendo silenciosamente.

Y salía ella.

Empuñando una automática de nacarada culata.

Un juguete de señorita. Que soltaba unos «pepinos» de suficiente calibre para, dada la exigua distancia, atravesar la espalda de Duncan y salirle por el pecho.

Jacob Larson cometió el más funesto error de su vida.

Expresar con el brillo de sus ojillos mortecinos la alegría que se iba adueñando de él.

Trocar pánico por alegría significaba...

Duncan Crew había sido adiestrado para leer hasta en las piedras. Para matar y escapar a la muerte de cien inverosímiles maneras.

Su cuerpo trazó una perfecta parábola, y en el aire, con una elasticidad poco común, extrajo su automática.

Un segundo después, retumbaron los dos disparos.

¡Bang! ¡Bang!

Una pincelada de estupefacción se esparció por el adiposo rostro de Jacob Larson.

Se palpó incrédulo las dos rosas de sangre que nacían en su pecho empapando camisa y chaqueta.

El tercer disparo, sonó dos segundos después.

¡Bang!

Vicky, atónita, contemplando horrorizada las consecuencias de sus dos disparos, cayó de bruces en tierra casi al mismo tiempo que Jacob.

Con las manos extendidas ambos. Rozándose casi las yemas de

los dedos.

Duncan, se volvió de espaldas.

Abrió la puerta al tiempo que enfundaba la pistola y se encontró entre sus brazos el tembloroso cuerpo de una Scarlett asustada que, muy abiertos los ojos, recorría la figura del hombre en busca de la horrible herida.

No.

Entonces rompió en agudos sollozos.

Abrazándose a él con desesperación. Ahogada la voz en profundos suspiros, musitó:

—¡Duncan...!, cariño, ¿estás bien?

La besó largamente, para demostrarle lo bien que estaba, de una forma que no dejara lugar a dudas.

—Te has portado como una valiente. Tu señal me ha salvado la vida.

—Yo... yo, vi subir a ese hombre. He visto que se detenía...

Temblaba convulsivamente.

—Anda, muñeca, tranquilízate. Debemos salir de aquí inmediatamente. Los estampidos habrán alarmado a toda la vecindad.

Se acurrucó contra el hombre.

Poco menos que en volandas, Duncan la llevó escaleras abajo.

Estaban en la habitación del hotel en donde habíase alojado Duncan a su llegada a Baltimore.

—Toma esto, Scarlett —le dijo, tendiéndole un vaso lleno de «whisky» por encima de la mitad—. Te reconfortará.

Fue bebiendo a pequeños sorbos.

El, entretanto, sacó de un estuche de piel la máquina eléctrica de afeitar.

Scarlett, no dejó de sorprenderse ante el hecho de que él se dispusiera a rasurarse con la misma tranquilidad que si viniesen de pasear por la playa.

Pero su sorpresa fue en aumento cuando de uno de los rodillos flotantes emergió un cable con visos de antena.

Vio también que el otro rodillo se convertía, al extraerlo e invertirlo, en un minúsculo micrófono.

Entonces, le oyó decir a Duncan:

—Crew llamando a Washington, Crew llamando a Washington...

¿puede oírme, jefe?

Transcurrieron unos segundos en silencio.

El agente del Departamento de Defensa del *Federal Bureau of Investigation*, repitió la llamada.

—¡Crew llamando a Washington, Crew llamando a Washington...!, ¿puede oírme, jefe?

Breves instantes ahora, y una nueva voz pareció brotar, con entera nitidez, del interior de la rasuradora.

—¡Adelante, Crew, le escucho! ¿Alguna novedad?

Rió Duncan como si el otro pudiera verlo.

—No quiero echar las campanas al vuelo, señor —dijo acercándose la parte inversa del segundo rodillo a los labios—, pero las cosas han tomado un cariz imprevisto. Con sólo unas milésimas de suerte, mañana podremos tener el asunto resuelto.

—¡Crew, Crew...! —exclamaron al otro lado con excitación apenas contenida—, ¿está seguro de lo que dice?

—Casi completamente, señor.

—¿Ha estado en la «Storne National Motors»? —preguntó el jefe.

—Creo que no necesitaré de la autorización que usted me hizo, señor. ¡Ah!, una pregunta. ¿Está Hussing ahí con usted?

—No —respondieron—. ¿Por qué?

Un surco de preocupación se dibujó en la frente de Duncan ante aquella respuesta.

—¿Dónde está su secretario, señor?

Obvio que aquella pregunta sorprendía al jefe, no ya por ella misma, sino por el tono de urgencia con que estaba formulada.

Demoró unos segundos la respuesta.

—Pues... —le oyó titubear, con un tono de voz casi tembloroso—, estaba intranquilo por Karen, mi esposa. Pensé que dos mujeres y un niño... que estaban sin protección y como Hussing goza de toda mi confianza, le expliqué la situación al día siguiente de nuestra entrevista. El, salió pocas horas después hacia Augusta para cuidar de Karen...

Duncan, consternado, dominando las ganas que le invadían de faltarle el respeto por primera vez a su jefe, llamándole «¡Estúpido!», meditó no obstante sus palabras, antes de decir lentamente:

—Chester Hussing es el jefe de la *Spider Espionage Organization*,

señor.

—¡Qué! ¿Se ha vuelto loco, Crew? ¡Es absurdo! ¡Es imposible!

—Señor —intervino decidido el agente—, tengo evidencias que confirmarán mis palabras. Una fotografía concretamente.

—¡Entonces! —Tralló la angustiada voz del que hablaba desde Washington—. ¡Karen...! Creo que... creo que voy a enloquecer...

—¡Jefe! —bramó Duncan empezando a perder la calma, cosa extraña en él—. ¿Recuerda que me dejó plena libertad de acción en este asunto?

—Sí... sí.

—En tal caso, siga mis instrucciones al pie de la letra. No haga nada, absolutamente nada, por detener a Hussing. El, ignora que yo he descubierto su secreto, y ello nos otorga una ventaja considerable. Yo me encargaré de que nada le suceda a su esposa. Pero, recuerde y téngalo presente, que si hace un solo movimiento por su cuenta... peligrará la vida de Karen. ¿Ha entendido bien?

—Sí... sí —la voz llegaba ahora hasta los oídos de Duncan con evidente abatimiento—. Haré lo que usted diga, Crew.

—Una última pregunta, señor. ¿Estuvo Charles Hussing, recientemente, en la «Storne National Motors»?

—Pues... sí. Un par de días antes de que yo lo llamase a usted.

—Es todo, señor. No tardará en recibir nuevas noticias. Cierro.

Acto seguido, moviéndose con aquella febril actividad que caracterizaba al agente cuando era necesario, devolvió la máquina de afeitar a su presencia inicial.

Se encaró con Scarlett, todavía sorprendida, y sin terminar el medio vaso.

—¿Tienes forma de llamar a Weldon sin que tu hermana se de cuenta?

Ella, dejó el vaso sobre el mueble-bar al tiempo que consultaba su reloj de pulsera.

Las dos de la madrugada habían quedado atrás.

—Creo que podré conseguirlo —afirmó con decisión.

—¡Andando, muñeca!

La tomó por el brazo camino de la puerta.

No fue necesario subir a la habitación para despertar al comandante Craddock.

Seguía en la misma silla de la biblioteca donde lo dejaron al

marchar, inclinada la barbilla sobre el pecho.

Dormitando.

Duncan lo devolvió a la realidad sin excesivos miramientos.

Cuando la somnolencia pareció desaparecer de los ojos del comandante, dijo Crew rápidamente:

—Craddock, ¿me presta atención?

—Le escucho, Duncan.

Su tono y su pose abandonada eran muestras elocuentes de abatimiento y cansancio.

Era la viva imagen de Burton Shuttler, más joven.

Pero derrotado por la misma circunstancia.

—Comandante —empezó Crew—, no tenemos un minuto que perder. Ahora, le resumiré los hechos para que usted juzgue definitivamente si debe colaborar o no.

Empezó por explicarle que se había valido del pentotal sódico para arrancarle la verdad de lo sucedido en Dong Hói.

Luego, le relató de una forma escueta pero concisa, lo ocurrido desde su llegada a Baltimore. Desde la entrevista con Laura hasta lo sucedido en casa de Vicky.

—¿Se da cuenta, Craddock? —inquirió al término del relato—. Estamos a un paso de conseguir que se salve su felicidad íntima y de evitar que usted traicione a su patria.

—¿Qué debo hacer, Crew? —inquirió con inesperada decisión.

—Venir conmigo hasta Augusta. Devolverle la tranquilidad a una mujer... a Karen Storne, que como usted sabe es la esposa del jefe del Departamento de Defensa del F.B.I., mi superior inmediato, explicándole la verdad. Pero debe hacerlo usted. Frente a frente con ella. Se siente tan desgraciada como hace unos segundos usted, como Burton Shuttler, y él, lo merece menos que nadie. Luego, creo que con satisfacción, me ayudará usted a «cazar» al criminal que ha tratado de hundirles a ustedes cuatro. ¿Está de acuerdo, Craddock?

Afirmó rotundamente:

—Lo que usted disponga, Duncan. Pero... ¿qué le digo a Betty?

—Hay cientos de excusas, Craddock. Y la que mejor le sirve a usted es: «*Asuntos del servicio*». Despiértela y dígaselo ahora mismo. Partiremos en el primer avión si es preciso, pilotará usted uno del ejército.

Salió al punto rumbo al piso superior para comunicarle a su

esposa la «orden» que acababa de recibir del Alto Mando.

¿Cómo?

Le... le habían llamado por teléfono.

Al quedar solos en el despacho, preguntó Scarlett.

—¿Ya no te soy útil, Duncan?

Sonrió él.

—Por supuesto que sí, muñeca. A ti te reservo una de las partes más difíciles y arriesgadas de este desenlace.

Curvó ella sus hermosos labios.

—¿Te burlas?

—Voy a demostrarte lo contrario. Mañana por la mañana, en el primer vuelo, saldrás rumbo a Washington. Una vez en la capital, te diriges a la oficina del F.B.I, y solicitas hablar con un agente llamado, Robert Southby... —le tendió un bloc de apuntes que extrajo del bolsillo exterior del pantalón—, anota ese nombre. Empieza por decirle que te envió yo. Se trata de que averigüe en qué lugar está instalado este teléfono. Anota: 2, 6, 3, 4, 5, 8, 9. Para que no perdáis tiempo, dile que ese número no figura en ningún listín telefónico, que imagino que debe tratarse de un aparato clandestino instalado en alguna derivación de línea. En una línea «parcheada». Si conseguís dar con el lugar donde se halla, dile a Robert que lo mantenga bajo vigilancia ininterrumpida hasta que yo llegue. No se debe impedir la entrada o salida de cualquier persona, pero que preste mucha atención por si esa persona es... anota: Chester Hussing. El ya lo conoce. ¿Entendido?

—Entendido, «jefe». ¿«Ordena» alguna cosa más?

—Que me beses inmediatamente.

Obedeció con incontenible impulso.

La efusión se prolongó hasta que Weldon Craddock dejó escapar una discreta tosecita desde el umbral de la biblioteca-despacho.

—Dispuesto, Duncan —dijo el comandante.

El agente del F.B.I, miró intensamente a la muchacha.

—¿Alguna duda con respecto a lo que te he dicho, Scarlett?

—Ninguna, Duncan.

Y sin importarles demasiado la presencia de Craddock se unieron en un nuevo y prolongado beso.

El comandante no se molestó en toser.

CAPÍTULO VII

AUGUSTA, GEORGIA, 12 DE FEBRERO DE 1967

Sí.

Era realmente hermosa.

Y joven.

Demasiado joven para un hombre como Burton Shuttler.

Serena. Sin parpadear sus maravillosos ojos verdes, sin esbozar un rictus de contrariedad sus rojos y carnosos labios, sin contraerse uno solo de sus miembros, inmóvil su elegante figura, su cuerpo rotundo y túrgido, bien formado.

Casi altiva.

—Hola, Karen.

—Hola, Weldon.

Duncan Crew se apartó ligeramente.

Como distraído, mientras ellos iniciaban la conversación que en principio sería incómoda, fue alejándose hacia la empalizada que marcaba el acceso a la casa.

Un muchacho delgado y alto que contaría unos diez años de edad, se encontraba sentado encima de la cerca.

—¿Qué tal, chico?

—Bien —respondió educadamente—. ¿Y usted?

—Ya ves —sonrió el agente—. He venido con aquel otro señor a saludar a tu mamá, y de paso, a llenarme los ojos con estos parajes de maravilloso verdor.

—¿Le gusta esto?

Asintió el agente, clavados sus ojos grises en el rostro del chico, estudiando sus facciones y comparándolas con las de otra persona.

—Pues... sí. Me encanta. El campo es una de mis mayores debilidades. Lástima que no pueda dedicarle más tiempo a la naturaleza, ¿eres feliz aquí...?

—Ben. Me llamo Ben, señor. Pues sí. Soy muy feliz. Sobre todo cuando mamá viene a verme. De todas formas, tía Claire es un verdadero ángel.

Resultaba agradable la forma de expresarse de Ben. Incluso, por su seriedad y tino, impropia de su edad.

Su aspecto, no obstante, era el de un muchacho reflexivo y juicioso.

Daba la impresión de que su espíritu aventajaba en edad a su persona.

—Me gustaría venir...

Duncan se interrumpió, al captar la seña que Weldon le estaba haciendo.

—¿Me disculpas, Ben? Creo que mi amigo me está llamando.

Se estrecharon las manos.

Luego Duncan, caminó con medidos pasos hacia la pareja.

—Karen sabe ya toda la verdad —dijo Craddock cuando el federal llegó a su altura.

Se presentó.

—Señora Shuttler, soy Dimean Crew del Departamento de Defensa que dirige su esposo.

Sonrió ella con cierta tristeza.

—Burton me habla de usted en más de una ocasión, en términos elogiosos. Celebro conocerle, señor Crew.

—Esos elogios, señora Shuttler, son por supuesto, innmerecidos. Bien, ahora que el comandante la ha puesto al corriente de los hechos, me permitirá unas preguntas profesionales.

Su sonrisa, pareció ahora más abierta.

—La esposa de un funcionario de la ley —al pronunciar la palabra esposa, apartó sus ojos de Craddock—, no puede negarse a colaborar con un colega de su marido. Pregunte lo que desee, señor Crew.

—¿Está con usted el señor Husing?

Negó ella con la cabeza.

—Burton... a consecuencia del terrible problema que nos agobia, teme por mí. Lo comprendo. Aunque Husing se presentó aquí

pretextando no sé qué excusas nada verosímiles, yo me di cuenta enseguida de que lo había enviado mi esposo para que cuidase de mí. Se lo dije, y no supo cómo responder. Sus evasivas no eran más que una confirmación a mis suposiciones. Le rogué que regresara junto a Burton. Le sería mucho más útil a él que a mí. Por otra parte, supongo que usted me comprenderá, deseaba estar sola. Necesitaba pensar. Quería encontrar una solución...

—Como ya le habrá dicho el comandante Craddock —la interrumpió el federal—, esa solución ya está prácticamente en nuestras manos. Sólo falta encontrar a Hussing... ¿porque supongo que regresó a Washington cuando usted se lo dijo?

Algo intuyó la mujer. Desorbitó los ojos al tiempo que se llevaba una mano a la garganta.

—¡Encontrar a Hussing! —¿Significa eso...? ¡No! ¡Es imposible, señor Crew!

—Las mismas palabras dijo su esposo, señora Shuttler. Pero desgraciadamente existen abrumadoras evidencias que prueban la culpabilidad de Chester Hussing. El es el jefe de la *Spider*... sólo así se explican muchas cosas. Mañana en Washington comprobaremos el último dato.

Karen Storne, esposa de Burton Shuttler, no conseguía zafarse de su estupefacción.

—Pero... —balbució—, casi parece increíble. Chester lleva muchos años al servicio de mi marido y goza de toda la confianza de él.

—Precisamente por eso ha podido llegar a ciertos secretos que nadie podía siquiera sospechar. En fin, lo importante es eliminar definitivamente el peligro que se había cernido sobre ustedes. Pronto conseguirán olvidar este fugaz sinsabor...

—Hay circunstancias, señor Crew, que no se olvidan por años que se viva.

Duncan captó de inmediato el significado de aquella frase. Por ello y para evitar que la conversación tomase peligrosos senderos, decidió iniciar la despedida.

Por otra parte, nada les retenía allí ya.

—Bien, señora Shuttler, lamento haber tenido que molestarla, aunque por otra parte me siento dichoso al aportar mi humilde colaboración al bienestar de todos ustedes.

—Su presencia ha sido como la llegada de un ángel. Nunca podré olvidar lo mucho que le debo, señor Crew.

Tendió su blanca mano de largos y bien cuidados dedos.

Duncan se inclinó, hasta rozarla fugazmente con los labios.

—Adiós, Karen —se despidió Craddock, sin moverse de donde estaba.

—Adiós, Weldon —pronunció ella con un atisbo de nostalgia.

Cuando llegaban a la salida, Duncan agitó la mano despidiéndose del muchacho que le correspondía desde lo alto de la cerca.

Y oyó murmurar a una voz:

—Es... mi hijo.

CAPÍTULO VIII

WASHINGTON D.C., 13 DE FEBRERO DE 1967

El auto se detuvo bruscamente y la portezuela se abrió con violencia, saltando un hombre a tierra.

Corrió hacia el núcleo de arbustos junto a los que esperaban un muchacho y ella.

Scarlett.

La recogió entre sus brazos al tiempo que sus bocas se unían en duradero y apasionado beso.

—Llegas a punto, Duncan —dijo el muchacho, que era Robert Southby, sin volverse a mirarlos. Y extendiendo su dedo índice a través de los árboles, agregó—: Aquélla es la casa. La línea telefónica pasa rozando el alero del tejado. Allí está instalado el empalme. He comprobado que se trata de una quinta de recreo, abandonada, que no pertenece a nadie.

Se separaron.

Duncan observó la construcción.

Estaba en las afueras de la ciudad, dirección norte, pero, casualmente, no muy lejos de la residencia de Burton Shuttler.

Robert, como si nada, soltó:

—Hace aproximadamente cinco minutos, Hussing ha entrado ahí.

Duncan soltó un respingo.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído Por lo visto ha estado todo un día escondido ahí, mientras el jefe lo cree en Augusta custodiando a su esposa.

—Bien —repuso Duncan—. Voy a entrar, Southby. Si dentro de

media hora no estoy de regreso, comunícate con el segundo jefe, he dicho segundo jefe, y vas a por mí.

—¡Voy contigo, amor! —exclamó la mujer espontáneamente.

—Te quedas aquí, con Robert —dijo el federal con aire autoritario. Y agregó, dulcificando su voz con cierta ironía—: El es un buen chico y sabrá respetarte aunque estéis entre los árboles y oliendo la fragante naturaleza, ¿cierto, Bob?

Soltó un gruñido.

—¡Revienta, acaparador!

Seguido de la angustiosa mirada de Scarlett, Duncan se encaminó hacia la finca en apariencia en franco abandono sin adoptar excesivas precauciones.

La maleza crecía por doquier de forma anárquica. Las enredaderas se repartían a lo largo del resquebrajado muro, teniendo a sus pies secos matojos de hierba.

Duncan, de una forma que a quienes le observaban se les antojó temeraria, dirigióse a la que algún día fuera bien cuidada portezuela de hierro.

Se quejaron los goznes con estridencia.

Salvó el inhóspito jardín y se coló en la casa por una media puerta de madera que se sostenía milagrosamente por dos oxidadas bisagras.

Silencio y penumbra salieron a su encuentro.

En otros tiempos fue una residencia señorial, ahora una auténtica porquería que Hussing había aprovechado muy bien para sus fines retorcidos.

Se internó por un pasillo donde aún quedaban restos de una alfombra de precio.

Fue en aquel preciso instante cuando sonaron los dos disparos.

¡Bang! ¡Bang!

El estampido orientó al federal hacia la última puerta de la izquierda. Corrió, abandonando las exiguas precauciones que hasta entonces conservaba.

Abrió la puerta violentamente.

Ni se fijó en que el interior de lo que era un despacho, contrastaba, por la limpieza y el modernismo de los muebles, con el resto del destartado edificio.

Sólo tuvo ojos para observar la trágica postura que Chester

Hussing había adoptado al recibir dos balazos en mitad del cráneo.

Salpicando de sangre y masa encefálica la limpia superficie de poliéster.

La rapidez de reflejos de Duncan le llevó a captar por el rabillo del ojo la fugaz figura que se perdía por un panel de la pared.

Tenía la pistola en la mano.

Disparó dos veces y tuvo la impresión de haber alcanzado al misterioso asesino de Chester Hussing.

Sin entretenerse a pensar que aquel crimen destruía prácticamente su hipótesis, al demostrar que el secretario de Shuttler no era el jefe supremo de la *Spicer*, se lanzó en salto suicida hacia aquel rectángulo abierto en la pared que casi se cerraba ya girando sobre ocultos goznes.

Por verdadero milagro no quedó atrapado en la pared giratoria, lo que hubiese significado una muerte horrible.

Sonaban a hueco los pasos del fugitivo. Como si pisara piedra en un lugar poblado de ecos.

La oscuridad era completa. El trozo de pared giratoria habíase cerrado herméticamente y ni un rayo de luz del despacho llegaba al interior. Sacó una pequeña lámpara de bolsillo. Dirigió hacia delante el cono luminoso.

El eco de las pisadas se había apagado ya.

Vio ante sí un pasillo estrecho y corto, que torcía en ángulo recto. Corrió por él. Dobló el recodo y se detuvo en seco ante el muro de piedra que le cerraba el paso.

Por espacio de unos segundos estuvo buscando, en vano, un resorte que le franqueara el paso. Abandonó la búsqueda, fracasado, al llegar nuevamente hasta sus oídos el eco de las pisadas.

¡Se había equivocado!

No era posible que las pisadas se escucharan a través de semejante muro. Aquél no era el camino seguido por el asesino de Hussing. Había perdido unos minutos que el fugitivo estaba aprovechando.

No obstante, tuvo la certeza de que tan lenta huida por parte del asesino, era elocuente indicio de que había conseguido alcanzarle en uno de los disparos efectuados al azar, cuando se perdía por el otro lado del muro.

Retrocedió hasta el punto de origen. Entonces, asombrado,

descubrió a la derecha una especie de nicho que, en su empeño de mirar hacia adelante, le había pasado desapercibido.

Lo inundó de luz.

De allí arrancaba una pétrea escalera de caracol, empinada, estrecha, descendente...

Bajó por ella cabalgando por los difíciles peldaños.

Descubrió unas gotas de sangre.

¡Ahora lo tenía!

Se encontró en otro lóbrego pasillo y avanzó por él vertiginosamente doblando dos recodos en zigzag.

El pasillo se hacía ahora más ancho.

—¡No se mueva, Crew! —ordenó una voz a su espalda.

Se envaró.

—¡Deje caer su pistola al suelo!

Lo hizo.

Porque al reconocer aquella voz, Duncan Crew habíase llevado la sorpresa más grande de toda su vida.

Imposible..., imposible..., imposible.

Se lo repitió a sí mismo mil veces en el transcurso de un fugaz segundo.

—¡Vuélvase!

Obedeció lentamente. Como temiendo confirmar lo que a través del oído le parecía imposible, absurdo, inaudito.

Cierto. Verdad.

Allí estaba. La «Araña».

—¿Sorprendido, agente?

Asintió lentamente.

—Sí... —musitó—, debo reconocerlo en honor a la verdad. Nunca hubiera llegado a sospechar de usted... *Karen Storne*.

No era la misma mujer que Duncan conociera veinticuatro horas antes, ni mucho menos la que le describiera el pobre Burton Shuttler.

Tenía los ojos febriles, brillantes, encendidos. Torcida la expresión de sus labios. Contraídas las facciones hasta componer un rictus sádico, una máscara de crueldad.

—¿Por qué, Karen? ¿Por qué usted precisamente?

Rió seca y cruelmente.

—¡Por odio! ¡Por aversión! ¡Por venganza!

Duncan se dio cuenta de que goteaba sangre de la espalda. Y a juzgar por la forma en que iban cayendo las gotas, podía deducirse que eran dos las heridas.

Los dos proyectiles la habían alcanzado.

—Sí... —prosiguió ella en ronco jadeo—. ¡Por odio a los hombres! Y quise vengarme de los tres que labraron mi desgracia. Weldon, abandonándome cuando más lo necesitaba. Mi padre, echándome de su lado cuando debiera haberme prestado su ayuda y apoyo. Burton Shuttler... viejo asqueroso..., ¡sí, asqueroso!, perdonando mi error de juventud, esforzándose por complacerme... ¡Asco, repugnancia!, eso sentía cuando acercaba sus manos a mi cuerpo. Mi padre y él me obligaron a consentir ese matrimonio... era la única forma de regenerarme, de volver a la sociedad con el rostro bien alto.

—¿Y a Sisely, por qué la hizo asesinar?

Brillaron como ascuas los ojos verdes.

—¡Por estúpida! Nos sorprendió a Chester y a mí cuando registrábamos el laboratorio con la idea de destruir el microfilm. Supuse que correría a avisarle a usted. Por eso murió.

—¿Ha dicho destruir el microfilm?

—¡Sí! Eso he dicho. No era mi idea que esos planos llegaran al Vietcong. Sólo pretendía que Craddock se viese imposibilitado de llevarlos, y así, destruiría su vida, la de mi padre y la de Burton. ¿Qué me importaba a mí el escándalo, cuando yo misma lo había planeado todo? Pero ellos..., Weldon no hubiese vuelto a ser feliz con su mujer, mi padre... no quiero ni pensar en él... y Burton yo misma le hubiese inculcado la idea de suicidarse: ¡Pero su maldita intervención lo ha estropeado todo! Y ese imbécil de Hussing...

—¿Estaba enamorado de usted?

Una mueca espantosa se dibujó en su faz.

Hasta parecía imposible que un rostro tan hermoso pudiera transfigurarse de forma tan horrible.

—Enamorado... ¡Ja, ja, ja! Todos los hombres se enamoran de mí... accedió en todo con tal de comprar a precio sucio un poco de mi amor. Cuando supo que usted había desarticulado la organización de Larson, loco de miedo, me insinuó la posibilidad de escapar. Ayer, estaba en Augusta. Ambos vinimos en el vuelo anterior al de ustedes..., ahora, al darse cuenta de que la casa

estaba vigilada, ha querido confesar... ¡cerdo estúpido!

—Todo ha terminado, Karen —le dijo con lentitud. Y agregó con tristeza—: Voy a tener que matarla. No quiero que se llegue a saber la verdad y dos hombres vean arruinada su vida... no puedo consentirlo.

—¡Estúpido! ¡Tú vas a morir ahora mismo!

Curvó el índice sobre el gatillo del revólver con el que apuntaba a Duncan.

Fracciones de segundo.

Sólo décimas precedió a los dos disparos el ágil escorzo que Duncan Crew le hizo efectuar a su cuerpo, escapando a la muerte por verdadero y auténtico sensacional alarde de reflejos.

Una pistola de culata plana había resbalado por el interior de la manga hasta quedar aprisionada en la palma de su diestra.

Entró en contacto con el suelo girando vertiginosamente sobre sí al mismo tiempo que disparaba sobre la sorprendida e indecisa Karen.

La vio doblarse por la cintura, a la vez que su cuerpo se contraía en agónicos espasmos y una bocanada de sangre ahogaba su respiración.

Luego, lenta y trágicamente, cayó sobre el cemento.

Inmóvil.

Muerta.

Con su destino fatal y sus pasiones.

El Vietcong, allá a millas de millas, víctima de un engaño como lo habían sido todos, no podría evitar los bombardeos por medio del «TRC-102».

El comandante Weldon Craddock volvería a volar con el rostro erguido y el espíritu tranquilo, sobre las tierras nord-vietnamitas.

Burton Shuttler... lloraría a una mujer «buena» que, descubriendo la identidad del jefe de la *Spider*, Chester Hussing, había conseguido seguirlo desde Augusta hasta su escondrijo secreto y muerto a manos de él, segundos antes de que Duncan Crew llegase para impedirlo.

Sólo dos personas conocerían la verdadera historia.

Scarlett y él.

Duncan, rápidamente, cargó con el cadáver de Karen y regresó hacia el despacho, no sin antes perder diez minutos hasta encontrar

el resorte que abría el panel.

Luego, dispuso la escena de acuerdo con lo que había pensado.

Finalmente, detalle curioso, comprobó el número del teléfono. Y su especial funcionamiento.

Al sonar la llamada, se descolgaba automáticamente, merced a un sistema de rayos fotoeléctricos. Al mismo tiempo, se ponía en marcha un magnetofón que registraba con fidelidad lo que dijera quien efectuase la llamada.

Obvio que Karen y Chester comprobaban un par o tres de veces cada día, si había existido llamada procedente de Baltimore.

Duncan, suspiró.

Lo verdaderamente difícil, lo triste, sería explicarle a Burton Shuttler lo sucedido.

Y mentirle.

Pero era necesario. Al menos, mitigaría un sufrimiento seguro.

Así, le quedaría el consuelo de llorar la muerte de una mujer... «buena».

Movió tristemente la cabeza.

¡Asco de mundo!

CAPÍTULO IX

PALM BEACH, MIAMI, 15 DE FEBRERO DE 1967

Habían alquilado un «*bungalow*» al linde del agua.

Duncan, tendido al sol de espaldas sobre la arena, vio contonearse la deliciosa figura de Scarlett al salir de la playa y caminar hacia...

Hacia él.

Hasta sus pies menudos, bien formados, eran graciosos al hundirse en la arena.

Y toda ella, con aquel bañador de látex, estaba subyugadoramente tentadora.

—¡Hola, cariño!

Se dejó caer junto a Duncan.

—Eres una auténtica sirena, preciosa.

Un beso de sus húmedos labios.

—Quisiera ser algo más para ti...

—¿Cómo...?

—Tu esposa.

Otro beso de sus húmedos labios.

—Es pronto para pensar en eso, amor.

—¿Me prometes pensarlo algún día?

Sonrió él.

—Lo prometo. A tu lado soy feliz. Me asalta la duda de si lo seré... y lo serás siempre.

Un tercer beso tan húmedo y voluptuoso como las olas incontenibles del Atlántico.

—Creo que sí...

—Olvidalo. Seamos felices ahora sin pensar en el mañana.
Se alzó de la arena, ayudando a que Scarlett hiciera lo propio.
Enlazados por la cintura caminaron hacia el «*bungalow*».

Musitó ella:

—Seamos felices ahora, Duncan. Sin pensar en el mañana.

Duncan Crew se detuvo de repente junto a la puerta de troncos y ramajes.

Dijo, casi imperativo:

—¡Vístete!

Ella enarcó las cejas.

—¿Qué sucede, cariño?

Repitió:

—¡Vístete!

Sin replicar, Scarlett se perdió en el interior del «*bungalow*».

Diez minutos después, volando sobre el asfalto rumbo a Miami, preguntó la muchacha:

—¿A dónde vamos, Duncan?

—A materializar un pensamiento que acabo de tener...

—¿Un pensamiento...?

Sonrió el federal:

—Un pensamiento... —murmuró—, un pensamiento maravilloso, Scarlett. ¡Casarme contigo!

Ella protestó, quizá porque le parecía imposible tanta felicidad.

Dijo:

—¡Pero...! Antes, tú...

—Silencio absoluto. Falta poco para que sea tu marido. Ya estás empezando a deberme obediencia, ¿no?

Cerró los labios rojos.

Es ésa una obediencia a la que toda mujer sueña estar sometida algún día.

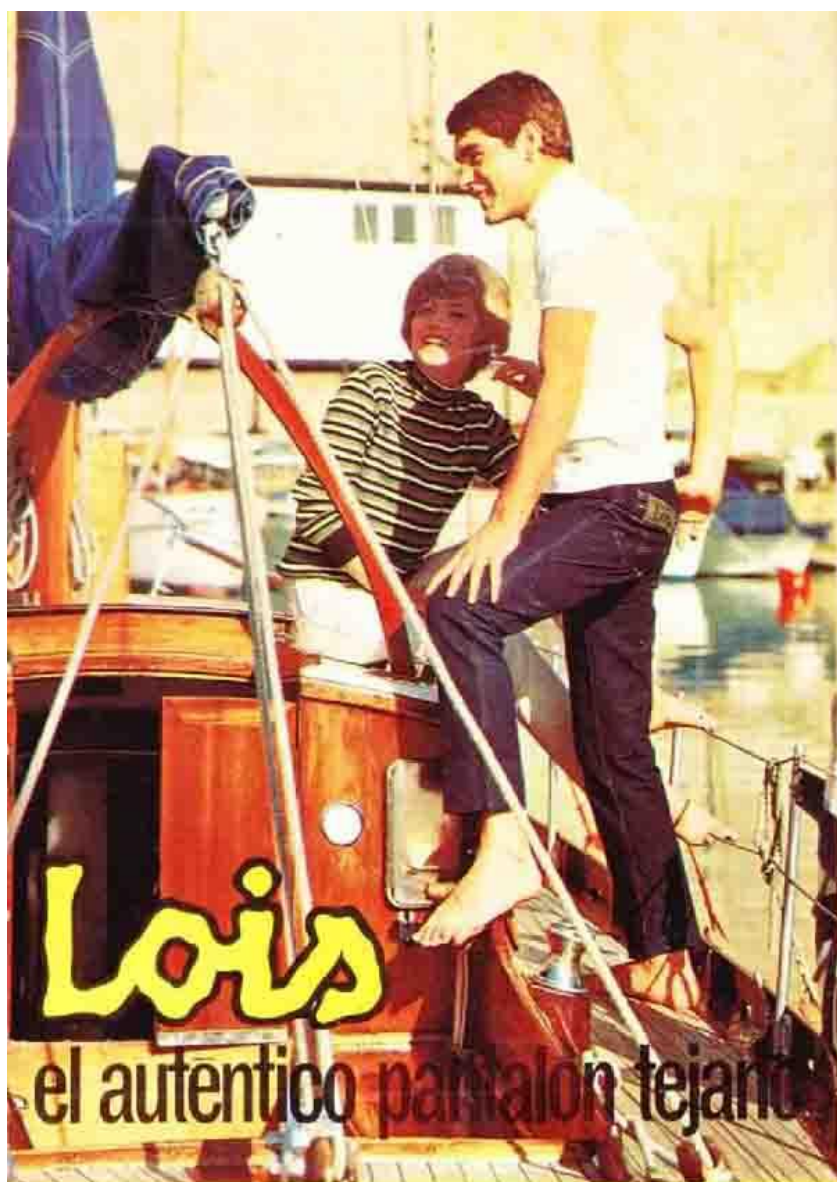
Yo... me preguntó quién es el que obedece.

¿Y tú, amigo? ¿Estás casado...?

Entonces... ya sabes que Duncan Crew se estaba condenando a obedecer toda la vida.

Pero... tú y yo, pagaríamos por obedecer las dulces órdenes de una mujer como Scarlett.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[1] El autor estima conveniente insistir en la autenticidad de este prólogo con el fin de dar una idea exacta al lector de que, lo que a través de la obra pueda parecer inverosímil por ser fruto de la imaginación, tiene un margen de verosimilitud ya que, en las modernas guerras se cruzan distintos e incomprensibles factores que, aun pareciendo secretos inviolables o hechos desconectados, llegan a ser conocidos por uno u otro bando y aprovechados en beneficio de su causa aunque para ello sea necesario recurrir a procedimientos que, sólo diez años atrás, nos parecían totalmente imposibles. < <

[2] Organización «Araña» de Espionaje. < <